

ANALES
DEL
MUSEO NACIONAL
DE
HISTORIA NATURAL
DE
BUENOS AIRES

FUNDADOS POR EL DR. GERMÁN BURMEISTER EL AÑO 1864

TOMO XXII
(Serie III, Tomo XV.)

(Con 1 retrato, 14 láminas y 54 figuras en el texto.)

BUENOS AIRES
IMPRESA Y CASA EDITORA «JUAN A. ALSINA»
259 — CALLE ALBERTI — 259
1912

ANTIGÜEDAD DEL CABALLO EN EL PLATA

POR

ANÍBAL CARDOSO.

CAPÍTULO I.

ANTECEDENTES HISTÓRICOS.

La existencia del caballo en el Plata, al llegar la expedición de Mendoza en 1536, ha sido negada sin estudio ni discusión por todos los historiadores que no figuraron en dicha empresa. El mismo Ruy Díaz de Guzmán, que escribió mucho después (1612), dice, con cierta vaguedad y sin afirmar nada, «que este puerto fué poblado antiguamente por los Conquistadores, y por causas forzosas que se ofrecieron vinieron á despoblarle, donde parece que dejaron cinco yeguas y siete caballos, los cuales al día de hoy han venido á tanto multiplico, en menos de 60 años, que no se puede numerar, porque son tantos los caballos y yeguas que parecen grandes montañas, y tienen ocupados desde el Cabo Blanco hasta el Fuerte Gaboto, que son mas de 80 leguas, y llegan adentro hasta la Cordillera»¹.

La despoblación á que se refiere Ruy Díaz, tuvo lugar el 10 de Mayo de 1541, día señalado por el Gobernador Irala para la partida de los habitantes de Buenos Aires en marcha hacia la Asunción. «El luego despoblaron el puerto, estando tan reforzados de bastimentos é ganados é bien fortalecido, é para ello quemaron la nao que estaba en tierra por fortaleza é la iglesia é casas de madera, sin embargo del clamor de querellas de los pobladores»².

¹ LA ARGENTINA, por Ruy Díaz de Guzmán. Edición de M. A. Pelliza. 1881.

² Mem. de P. Hernández, párr. 15.

Al año siguiente, á mediados de 1542, llegaron á la abandonada playa los buques del nuevo Adelantado Cabeza de Vaca, y luego el capitán Gonzalo de Mendoza, que bajaba de la Asunción en busca de ellos, á donde marcharon todos juntos. Esta fué la última vez que estuvo poblada Buenos Aires, hasta 1580, en que la reedificó don Juan de Garay.

¿En cuál de estas despoblaciones es que «parece dejaron cinco yeguas y siete caballos?»

Es sabido que Mendoza trajo de España «72 caballos y yeguas», de los cuales algunos murieron y otros mataron los Querandíes en los combates con los españoles; el resto fué comido por los conquistadores durante el sitio de Buenos Aires, y Schmidel dice á este respecto: «Llegó al fin el hambre á tal punto, que los caballos no lo remediaban»¹. Después de estos sucesos, los distintos relatos, cartas y documentos de la época, no hablan más de caballos hasta la venida del Adelantado Cabeza de Vaca; caballos que no pisaron en Buenos Aires, pues el nuevo Gobernador desembarcó en la costa del Brasil, haciendo el viaje por tierra hasta la Asunción.

En el párrafo 15 de la «Memoria de Pero Hernández», antes citado, se habla de «ganados», pero éstos debieron ser algunos cerdos traídos de Santa Catalina (Brasil) por los hombres que vinieron de allí con Gonzalo de Mendoza y con el Veedor Cabrera á bordo de la «Marañona» en 1538; ganados que no fueron dejados por Irala al despoblar Buenos Aires, pues éste incendió la ciudad y arrasó con todo para que no lo aprovecharan los Querandíes. Suponer que dejaron 12 caballos y yeguas, artículo de guerra de gran importancia para los españoles, es suponer lo imposible: pues ni los había, ni los hubieran dejado; y caso que esto hubiera sucedido, Irala se habría apresurado á dejar constancia de ello en el documento que dejó en las ruinas de Buenos Aires, con instrucciones para los que de España viniesen, en que indicaba con toda prolijidad las zonas peligrosas, de indios y de tigres, los parajes favorables para siembras y maderas de construcción, los sitios en que había recursos, señalando en la isla de San Gabriel un depósito de «maiz é frijoles» y terminando sus instrucciones con esta advertencia previsorá: «quedan en una yslla de las de sant gabriel

¹ M. S. de la edición de Mondscheln. Debo una vez más á la atención del Dr. Lafone Quevedo el haber tomado nuevos datos de este precioso manuscrito que ha hecho traducir.

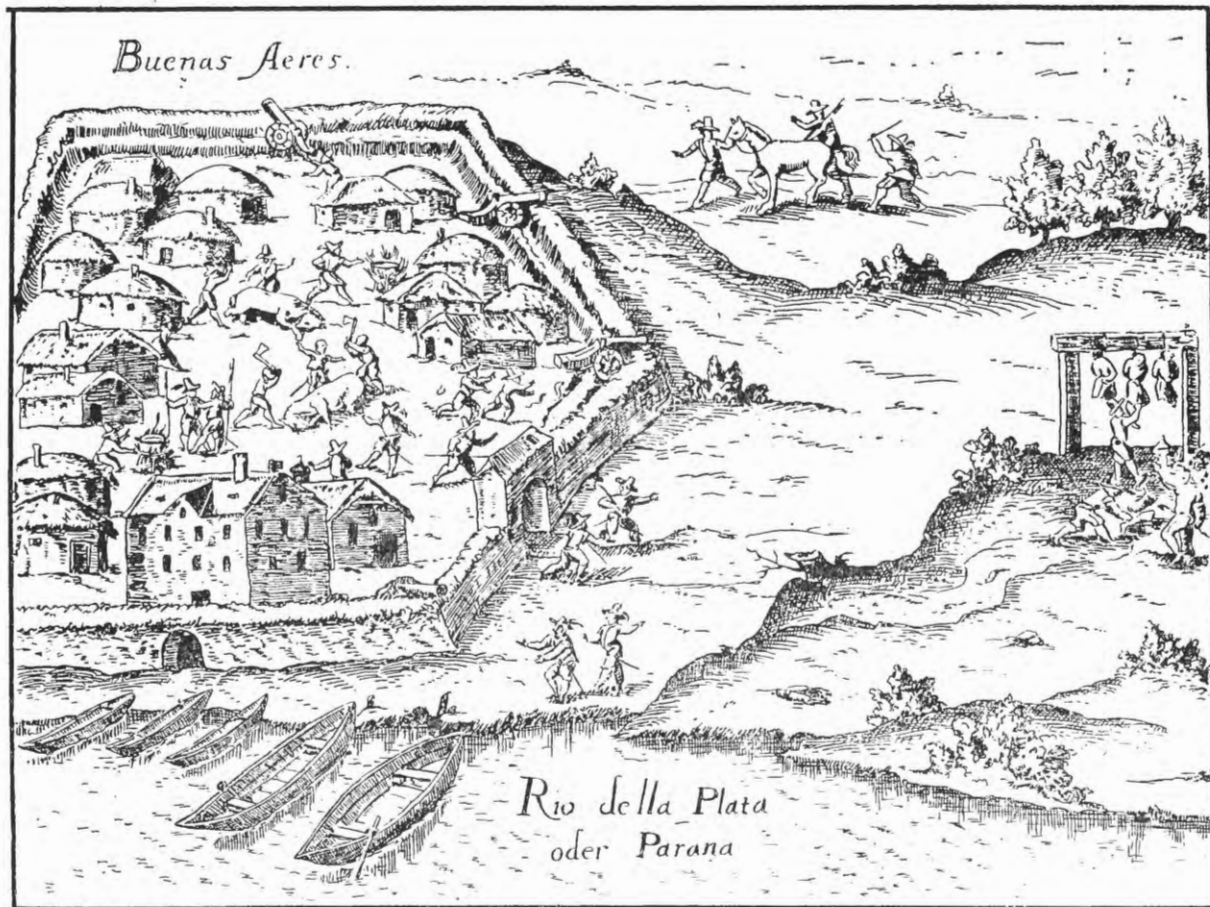


Fig. 1. El sitio de Buenos Aires en 1536.—Lámina del «Viaje de Schmidel»—ed. de 1599.
Los conquistadores comen sus caballos, víboras, ratas, carne humana y hasta la suela de sus zapatos.

un puerco y una puerca para casta, no las maten y si ovieren muchos tomen los q. ovieren menester y dexen siempre para casta y asy mismo de camyno hechen en la ysla de martin garcia un puerco y una puerca y en las demas q. les pareciere para q. hagan casta». Quien no olvilaba un casal de cerdos que recomendaba con tanta prevision, no hubiera olvidado seguramente siete caballos y cinco yeguas, elemento importante de movilidad y de guerra.

Al año siguiente de estos sucesos (en 1542) llegaron al puerto de Buenos Aires los barcos de Cabeza de Vaca, quien embarcó en España 30 caballos de los que desembarcó 23 en el Brasil, con los cuales ya hemos dicho llegó á la Asunción. Los cuatro restantes morirían por el camino.

¿De dónde salen las «cinco yeguas y siete caballos» que «parece dejaron los conquistadores», según Ruy Díaz?

Creo que tal suposición no es más que una de las tantas ficciones de este historiador, lanzada ingenuamente y sin intención de mentir, por haberla oído á alguno que no vió caballos salvajes durante la primera fundación de Buenos Aires y viéndolos en inmensas tropillas después de la segunda, quiso explicar aquello que él mismo no se explicaba. El fenómeno, sin embargo, es fácil de comprender.

Los Querandíes cazaban los caballos para alimentarse con ellos, y éstos huían la vecindad de los Querandíes buscando en las llanuras de la Pampa alejarse de sus enemigos que habitaban las orillas del Plata y del Riachuelo, así como de los montes de la costa en que abundaban, al decir de Irala y otros conquistadores, los tigres y los pumas. Más tarde, cuando la segunda fundación en 1530, los españoles rechazaron los Querandíes hacia el interior y pudieron internarse en el territorio, quedando asombrados de ver tantos caballos, pues, aunque ya entonces tenían conocimiento de su existencia, no suponían fuera en número tan considerable.

Ruy Díaz, que escribía en la Asunción asuntos de Buenos Aires que por referencias conocía, pues no tuvo la oportunidad de leer el Viaje de Schmidel publicado en Alemania en 1567¹, no le dió importancia al asunto ni se tomó tampoco la molestia de calcular lo que podían producir cinco yeguas en el espacio de sesenta años, tiempo calculado por él, y en las circunstancias desfavorables en que según supone, fueron abandonadas.

¹ Y en 1597 y 99, pero todos ellos en alemán y latín, idiomas que no se aprendían en la Asunción.

El P. Juan de Rivadeneyra ¹, con más previsión, decía en 1581: «quedaron allí, desde el tiempo de D. Pedro de Mendoza, que há cuarenta y cinco años, cuarenta y cuatro caballos y yeguas, que han multiplicado cosa extraña, y en todo este tiempo no los han visto los españoles, mas de la fama que dán los indios, que dicen que cubren las llanuras, que es cosa de admiracion».

El párrafo precedente indica que hasta los más sesudos conquistadores, ignoraban el número de los caballos y yeguas que suponían habían quedado en Buenos Aires, en una fecha en que tampoco están de acuerdo, pues si Rivadeneyra se refiere á 1535, Ruy Díaz señala 1541.

En cambio, la cita que he transcripto, nos da el conocimiento de que los españoles supieron que había caballos en la pampa *por noticia que les dieron los indios*.

D. Hernando de Montalvo, tesorero del Río de la Plata, en carta á S. M. en 12 de Octubre 1585, informa que «pasaban de 80.000 los animales procedentes de las yeguas y caballos que habían dejado los conquistadores en Buenos Aires», los que eran de la casta de Córdoba y Jerez de la Frontera».

Esta cita como la de Rivadeneyra, disiente con la de Ruy Díaz, pero demuestra que en aquella época había verdadero empeño en hacer creer (aún al rey) que los caballos salvajes de la Pampa eran descendientes de los que trajo la expedición de Mendoza. Ya he demostrado anteriormente que no quedaron en Buenos Aires caballos abandonados, pues los comieron los conquistadores acusados por el hambre horrible que padecieron durante el sitio ²; he dicho también que tanto el historiador Schmidel, como los testigos Villalta, Bartolomé García, Gonzalo de Mendoza y tantos otros que fueron actores en aquellos sucesos y han dejado documentos historiando aquellos días, no hacen mención de caballos desde el sitio de Buenos Aires hasta la venida del Adelantado, Cabeza de Vaca, en 1542; y finalmente, que el Gobernador Irala no los menciona en ninguna forma en el documento que dejó al abandonar á Buenos Aires en 1541, á pesar de que tanto él como su antecesor, Ruíz Galán, *andaban á pie* desde hacía cinco años.

Voy ahora á explicar el motivo que tenían los nuevos fundadores

¹ «Relación de las provincias del Río de la Plata», 1581.

² El 15 de Junio de 1533: «un español comió su propio hermano que había muerto». Tampoco hubieran despreciado los caballos de Mendoza, los 23.000 indios sitiadores.

de Buenos Aires en declarar *alzados* ó *cimarrones* y descendientes de los que trajo Mendoza, á los caballos salvajes de la Pampa.

Dice Azara ¹, refiriéndose á Buenos Aires: «D. Juan de Garay fundó segunda vez dicha ciudad el año 1580 con 60 paraguayos, que encontraron ya bastantes Caballos silvestres, hijos de aquellas yeguas, y comenzaron á domar los que podían coger. Se opusieron á esto los Ministros de la Real Hacienda, pretendiendo que eran del Rey; y habían formalizado autos, he leído en el archivo de la Asunción del Paraguay, la sentencia dada en 1596, que falla injusta la pretension de dichos ministros y declara dueños de los Caballos silvestres á los conquistadores que los pillasen».

La causa de aquel conflicto es la siguiente:

Fundada la ciudad de Buenos Aires, los nuevos pobladores, criollos en su gran mayoría, se dedicaron á cazar caballos que se vendían á buen precio. Súpolo el Adelantado Torres de Vera y quiso acapararse los caballos protestando que pertenecían al real patrimonio, pero en realidad como un pingüe negocio para su bolsillo; mandó rematar el derecho á toda la hacienda cimarrona que compró en 30.000 pesos, los que no pagó diciendo que la corona le debía mayor suma ².

Los pobladores alegaron que en Buenos Aires no había minas ni otra riqueza que aquella hacienda, única compensación que tenían; que esos caballos se los había concedido su general (Garay) desde la Asunción y que si se los quitaban abandonarían Buenos Aires, adonde habían venido «á su costa y minción» sin que gastara un maravedí el Tesoro ³.

¹ Apuntamientos para la Historia Natural de los cuadrúpedos del Paraguay y Río de la Plata, tomo II, pág. 202.

² Provisión real para que el licenciado Torres de Vera, no haga novedad en tomar los caballos cimarrones. 30 de Septiembre de 1591; incorporada á otra de 11 de Agosto de 1587, sobre el mismo asunto.

³ Por una capitulación entre el rey Felipe II y Ortiz de Zárate, un hijo de éste heredaba el título de Adelantado. Muerto Ortiz de Zárate y designada por testamento su hija doña Juana, heredera de aquel título, Garay favoreció su matrimonio con Torres de Vera y Aragón quien obtuvo de este modo el título de Adelantado del Río de la Plata y, agradecido á los servicios de Garay, le nombró Teniente Gobernador y Capitán General de la misma Gobernación, «autorizándolo para gastar por su cuenta lo que fuera menester en poblacion y mejoras de estas provincias». Por consiguiente, no faltaron á Garay y sus compañeros recursos para la expedición, ni hubo entonces disputa por caballos ú otros productos de la tierra.

En carta al rey, de 20 de Abril de 1582, Garay declara: «Tambien me dió el licenciado Juan de Torres de Vera y Aragon, poder para que gastase de su ha-

De pocos años antes, nace posiblemente la leyenda de los caballos abandonados por Mendoza; leyenda que permitía á Garay y sus compañeros eludir el quinto y el diezmo, cosa á que estaban acostumbrados aquellos conquistadores que elegían su gobierno propio, aprisionaban un Adelantado y con las «barbas peladas» lo remitían al rey, tratando de potencia á potencia. De ahí nace, también, la diferencia entre cuarenta y cuatro yeguas y caballos que cita el P. Rivadeneyra en el período álgido de la cuestión y las 5 yeguas y 7 caballos señalados con más indiferencia por Ruy Díaz, que juzgó muy enorme la patraña á través de treinta años.

Las pretensiones de Torre de Vera crearon un conflicto. Los pobladores resistieron protestando; y como para pleitear no faltan argucias, recurrieron al Cabildo (hechura de ellos mismos) para que sirviera de intermediario con el rey.

En extracto, la presentación se hizo del modo siguiente:

El 22 de Febrero de 1590, D. Francisco Godoy, procurador de Buenos Aires, por ante escribano dijo: Que Garay mandó pregonar en la Asunción, en nombre del rey y en el suyo como Capitán General y Justicia Mayor, «que hacía é hizo merced á los pobladores, conquistadores y vecinos de ella del ganado silvestre y yeguas que quedó en tiempo de D. Pedro de Mendoza, que habia y al presente hay en términos y jurisdicción de la dicha ciudad de la Trinidad, para ellos y sus sucesores y descendientes».

Unos cuantos vecinos de Buenos Aires, declaran, que Garay hizo donación por bando en la Asunción, de las yeguas y caballos; que ellos vinieron bajo esa condición y viajaron á su costa; que necesitan de los potros para poderse sustentar; que se cazan pocos. y éstos para cumplir con el servicio de S. M. y atender á la guerra con los indios, etc., etc.¹

Aceptado el recurso por el Cabildo, éste comisionó á D. Beltrán Hurtado, Procurador General de la Ciudad de la Trinidad de Buenos Aires, para que se presentara con las siguientes instrucciones:

cienda lo que fuera menester para el sustento de la tierra y así é gastado en Verjantines», etc.; lo que comprueba que se usó de la autorización y recursos ofrecidos por el Adelantado.

¹ Tan de acuerdo fué esta reclamación, entre jueces y parte, que la presentación al escribano, poderes, declaraciones de varios testigos, presentación al Cabildo, legalización de firmas y terminación del expediente fué asunto de algunas horas. Todo lleva la fecha del 22 de Febrero de 1590. ¡Admirable justicia colonial, que ese día no durmió la siesta!!

«Ha de pedir á S. M. y á los señores del dicho su Real Consejo, nos haga merced del ganado silvestre de yeguas que hay en terminos y jurisdiccion de esta ciudad de la manera que el dicho fundador de ella la tiene hecha en su real nombre.»

«Ha de pedir provision en el Real Consejo de Indias, para que no se nos pidan diezmos de ninguna cosa silvestre, particularmente de los potros que se toman en las yeguas cimarronas, informando el mucho trabajo (que) cuesta y se pasa (en) enlazarlos.»

Esta petición fué presentada al Real Consejo de Indias, quien despachó en Madrid á 20 de Septiembre de 1591, concediendo: «se les haga merced del ganado silvestre de yeguas que hay en el termino y jurisdiccion de Buenos Aires y que en enanto á la exencion del diezmo, se le concede por diez años»¹.

Como puede verse, el Cabildo no declara directamente que los caballos aquellos eran descendencia de los que trajo Mendoza: y el Consejo de Indias, por su parte, no reconoce esa pretensión de los pobladores, *hace merced del ganado silvestre de yeguas* y concede la exención del diezmo solo por «diez años»: el tiempo necesario para que los pobladores de Buenos Aires, que ya tienen otros diez de arraigo, pierdan las ganas de volver á la Asunción.

El Consejo de Indias quiso evitar una despoblación, pues no carecía de elementos para hacer una «Información» dejando la verdad establecida. Tenía á su favor la reclamación de los Oficiales Reales del Río de la Plata, la de los religiosos de la Merced y las cartas de Garay de Junio del 81 y Abril del 82.

En efecto; en la carta mencionada de 1582, dice Garay, que en Noviembre anterior salió al Sur de Buenos Aires costeano el mar unas sesenta leguas hasta unas serranías de grandes peñascos, y agrega: «con la caravela avisé á V. A. (en 18 de Junio de 1581) como habia sabido que habia cierta cantidad de ganado caballo cerca del asiento de Buenos Ayres, procedidos de unas yeguas que quedaron allí en el tiempo de Don Pedro; cuando esto escribí *no las habíamos visto*, y en efecto, hay buen golpe de ellas, tambien suplico á V. A. hiciese merced á la ciudad de la Trinidad y á esta de Santa Fé de todo aquel ganado para que lo puedan tener por dehesa de comun, estos dos pueblos. Pues por haberse dispuesto á los trabajos y gastos los pobladores se podrá venir á gozar de ello

¹ La Orden de la Merced se presentó en 1589, manifestando su pretensión á los caballos que declaró «bienes mostrencos». Esta petición fué rechazada por el Cabildo el 16 de Octubre del mismo año.

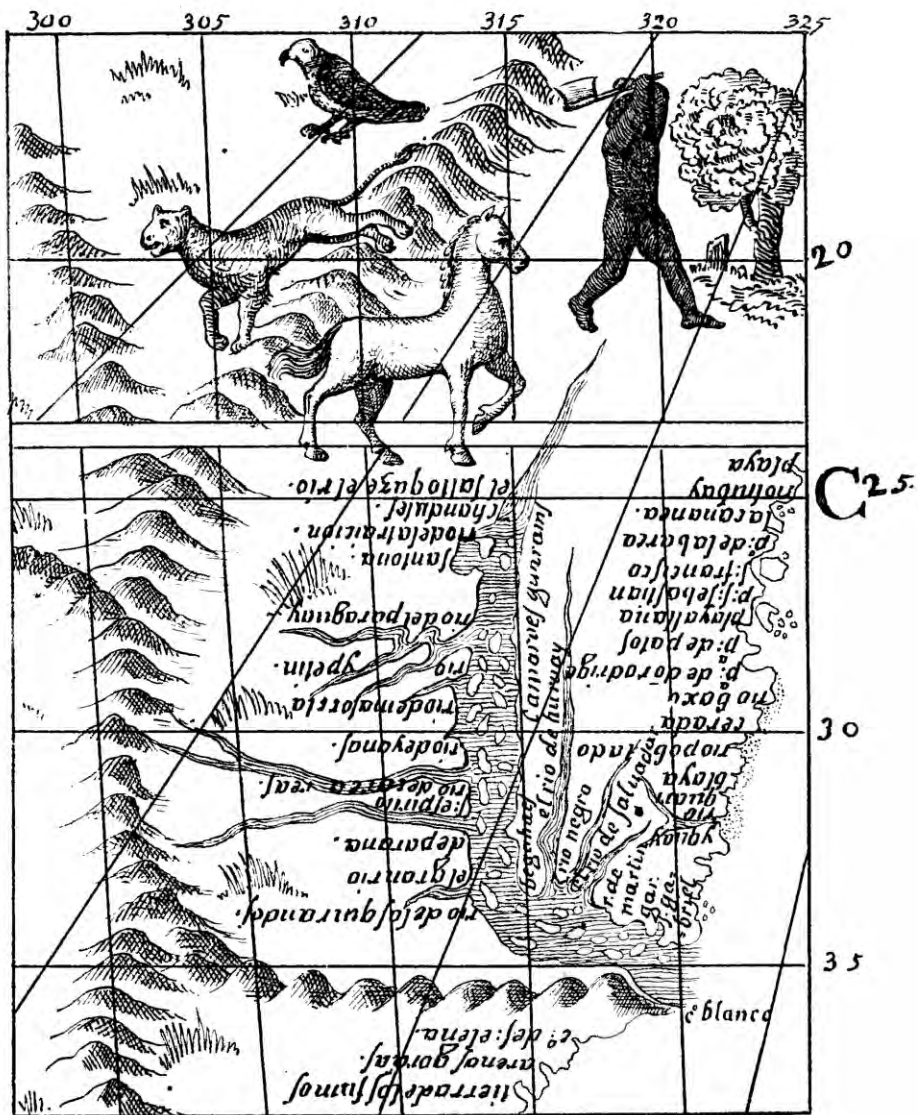


Fig. 2. Fragmento de la «Tabla del gran río», dibujado por Caboto en 1583 (?) con la fauna salvaje y el fuerte de Sancti Spiritus, única población en el Plata hasta esa época.

NOTA: Los nombres de los ríos Paraná y Paraguay no se hallan a lo largo de ellos como es de práctica, sino atravesados donde comienza el curso de sus aguas. No existe el trazado del Alto Paraná, pues Caboto no navegó en él sino unas 12 leguas.

aunque hasta agora por ser la tierra tan rasa y llana no hemos podido tomar ninguna, ni hemos tenido posibilidad ni espacio para hacer corrales que son menester hacerse grandes en las aguadas», y termina el párrafo repitiendo: «torno á suplicar á V. A. se nos conceda la merced de este ganado».

Se ve, pues, que Garay no había hecho anteriormente donación de aquella hacienda á nombre del rey, ni aun de la que *le dijeron había, procedente de unas yeguas que quedaron del tiempo de Mendoza* y que no vieron hasta *después de Junio del 81*. No era muy fácil, por lo tanto, ver esa hacienda salvaje que huía al sentir la aproximación del hombre, y menos todavía el tomar vivo alguno en aquella «tierra tan rasa y llana», siendo necesario hacer grandes corrales en las aguadas para cazarlos cuando fueran á beber.

El Adelantado Torres de Vera, debía muchos servicios á Garay para cuestionarle un puñado de caballos que había abrededor de Buenos Aires, los que tal vez, con entera buena fe, supuso descendían de las yeguas de Mendoza, pero, cuando más tarde, después de muerto Garay, se vió las inmensas tropillas de caballos que poblaban la pampa, intervino apoyado por los Oficiales de la Real Hacienda, reclamando ser aquello de propiedad real como producto de la tierra.

Algunos años antes con fecha 12 de Marzo de 1580, los Oficiales Reales, Eizaguirre y Olavarrieta, habían comunicado al rey desde la Asunción la partida de Garay, diciendo: «apercibió luego gente para fundar y hacer un pueblo en Buenos Aires y ha embiado mucha cantidad de caballos y vacas por tierra para la fundacion de él. y el vá por el río con dos bergantines grandes y ciertas bareas y balsas con todo el bastimento posible y buena cantidad de gente, armas y municiones». Esto demuestra una vez más, la ayuda de la Real Hacienda; lo poco que sabían de los caballos *cimarrones*, y la inexistencia del famoso bando por el que Garay daba á nombre del Rey, en 1580, lo que recién solicita de este dos años después.

Creo, sinceramente, que el tal bando no fué otra cosa que una excusa para recurrir ante el rey, alegando que Garay (ya fallecido) había donado esos caballos á los pobladores; y que si había traído «muchos caballos» de la Asunción y Torres de Vera no reclamó en el acto de saber se habían cazado los primeros potros, es porque ni Garay ni Torres de Vera supusieron nunca que existieran en tal abundancia á pesar de las noticias de los indios.

De todo lo expuesto, sacamos en conclusión:

1.º Que los escritores que señalan los caballos salvajes como

descendientes de los que trajo Mendoza, no vinieron en esa expedición y escriben medio siglo más tarde, después de la segunda fundación.

2.º Que escriben por referencias, sin seguridad alguna y hasta con cierta duda, como lo hace Ruy Díaz.

3.º Que no están conformes en el número de caballos y yeguas que suponen dejó Mendoza, y disienten también en la fecha de este suceso.

4.º Que los conquistadores supieron que había caballos en las pampas de Buenos Aires, por noticia que les dieron los indios.

5.º Que la caza de estos caballos fué prohibida por la autoridad colonial, declarándose que dicha hacienda pertenecía al real patrimonio.

6.º Que de esta época data la invención de los caballos *alzados* descendientes de los de raza andaluza traídos por Mendoza, aunque el parecido de éstos con sus pretendidos descendientes fuera bien ingrato.

7.º Que de esta leyenda, forjada por parte interesada, nace la creencia de que el caballo *criollo* no es de origen puramente americano.

Veamos ahora lo que dicen los historiadores y escritores, capitanes y soldados que fueron actores en la conquista y han dejado libros, cartas y documentos en que citan los hechos de que fueron testigos presenciales.

Reproducir las citas de todos los autores que han negado la existencia del caballo salvaje en nuestro país y apoyándose en la vacilante indicación de Ruy Díaz, lo hacen descender de los potros andaluces de Mendoza, sería tarea bien extensa. Me concretaré por lo tanto á mencionar rápidamente el importante libro del Sr. C. A. Piétrement ¹, obra voluminosa en que con prolijo empeño y nutridos datos se hace la historia de los orígenes del caballo en los distintos países del globo, su distribución geográfica y época de su probable diseminación, basada en documentos de la India, la China, los pueblos de Israel, del Egipto y de la Grecia, hasta los tiempos modernos.

Al llegar al descubrimiento de América, Piétrement reúne

¹ «Les Chevaux dans les temps pré-historiques et historiques».

copiosísimos datos y citas que ocupan una buena parte de su libro, para negar la existencia del caballo precolombiano en el Nuevo Continente. Discutir la opinión de Piétrement, es contestar á todos.

Principia por el Norte en las Antillas, el Canadá, la Florida, México, Centro América, y pasa á nuestro continente mencionando citas de los historiadores del Perú, Chile, Venezuela, etc., de las cuales saca siempre en conclusión que los indios huían de los caballos *porque nunca los habían visto*, deduciendo que los triunfos obtenidos por los conquistadores no eran debidos á la superioridad de sus armas, la solidez de sus armaduras y la sorpresa y espanto que causaban su artillería y arcabuces que tronaban y herían como el rayo, sino á la presencia de los caballos. Ya veremos cómo este escritor apasionado de su obra y tan prolijo en sus citas cuando conducen al objeto que desea demostrar (la inexistencia del caballo en América,) olvida ó adultera las citas de Schmidel, Villalta y Ruy Díaz, relatando las batallas con los Querandíes, y el poema de Ercilla contando la resistencia de los Araucanos, los dos pueblos que habitaban las Pampas y que no tuvieron miedo á los caballos, *porque estaban acostumbrados á verlos* en los campos, cazarlos con boleadora y asarlos en sus fogones¹.

La cita de Piétrement (pág. 674), tomada del viaje de Schmidel, se reduce á lo siguiente:

«La colonia tuvo, casi inmediatamente, que soportar el hambre, durante el cual tres españoles habiendo robado un caballo, lo comieron en secreto; este robo fué descubierto; se les dió tormento y como ellos se confesaron autores, fueron condenados á la horca y ejecutados (Schmidel o. c. pág. 44). Al mismo tiempo los indígenas incendiaron los cuatro navios más grandes (*Error*), matan uno de los capitanes, Diego de Mendoza, en uno de los combates: de suerte que el 24 de Junio de 1535² los Españoles no eran ya más que 560 soldados. Pedro de Mendoza se embarca para España á fin de traer refuerzos y muere durante la travesía. Él ha dejado el mando de la colonia á Juan de Ayolas, quien hizo construir chalupas para buscar una mejor fortuna en el interior del país.

¹ Si parece lógica la deducción de Piétrement, «que los indios huían espantados de los caballos porque nunca los habían visto», creo igualmente lógico pensar lo contrario ante la valerosa actitud de Querandis y Araucanos.

² 1536.

«Es entonces que los Españoles abandonaron 7 caballos y 5 yeguas, que serían los antecesores de todos los caballos salvajes de las pampas, al decir de Azara; pero muchos otros caballos traídos por los Europeos han debido recobrar su libertad en estos parajes»¹.

La cita tomada del libro de Schmidel es inexacta y desfigurada. En las distintas ediciones de esa obra, se cita con infaltable seguridad, que el alcalde Pavón y dos soldados fueron enviados á intimar á los indios la entrega de víveres y que los Querandíes, sin respeto á la investidura del personaje y sin temor á las armas *ni á los caballos*, les dieron de golpes haciéndoles huir «bien escarmentados».

En la edición de Pelliza², al relatar la batalla con los Querandíes, dice Schmidel: «Tienen unas bolas de piedra, atadas á un cordel largo, como las nuestras de artillería; échanlas á los piés de los caballos ó de los ciervos cuando cazan), hasta hacerlos caer; y con estas bolas mataron á nuestro capitán y á los hidalgos referidos; y á los de á pié, con sus dardos, lo cual ví yo».

En la edición de Levino Hulsio, Nuremberg, 1599, publicada por la Junta de Historia y Numismática de Buenos Aires, el párrafo que se ocupa de esa batalla, dice: «Estos *Carendíes* usan para la pelea arcos, y unos *dardes* especie de media lanza con punta de pedernal en forma de trisulco. También emplean unas bolas de piedra aseguradas á un cordel largo; son del tamaño de las balas de plomo que usamos en Alemania. Con éstas bolas enredan las patas del caballo ó del venado cuando lo corren y lo hacen caer».

En la edición Mondschein, del manuscrito de Schmidel, el párrafo dice:

«Tienen también una larga cuerda con una bola de piedra asegurada á cada punta, como en Alemania hacen con una bala de plomo. Arrojan esas mismas bolas alrededor de las patas de un caballo ó de un venado, de manera que tiene que caer.»

¹ Piétrement reproducida la cita de Azara, que la tomó de Ruy Díaz, pero, más versado en el asunto y comprendiendo que de cinco yeguas cuya gestación es de 11 meses, criando el potrillo durante un año, no es posible obtener nuevos productos sino cada tres años, necesitando esta misma edad las nuevas yeguas para producir á su vez, agrega: «muchos otros caballos (y yeguas) traídos por los Europeos», á fin de que en el espacio de 50 años puedan cubrir las pampas argentinas desde el Estrecho hasta la frontera de Córdoba á pesar de los tigres, los pumas y los indios, que les hacían cruda guerra.

² «Historia y Descubrimiento del Río de la Plata y Paraguay, por Uldérico Schmidel». Buenos Aires, 1881.

Otro testigo importante de aquellos sucesos, narra la batalla del modo siguiente:

«Topado con ellos D. Diego de Mendoza, ovo cierta diferencia entre los Cristianos y los Querandíes sobre los hacer volber, en tal manera que obieron de venir á las manos, y como los Cristianos estuviesen flacos, i los Indios fuesen pláticos en su tierra, diéronse tan vuenta maña que mataron á D. Diego de Mendoza i á Pedro de Venabides. su sobrino i á otros bien Quantos, y los demas fueron huyendo aunque eran de Acaballo, i sino fuera por la infantería que atras venia que los socorrió. todos quedaran en el Campo, por ser como heran los Indios tan lijeros i tan diestros en atur los caballos con bolas que truián»¹.

¿Cómo habían adquirido esta destreza los indios Querandíes? Cazando guanacos y avestruces, piensan algunos: pero los hombres de nuestro país que conozcan bien las costumbres de la pampa, saben muy bien que la boleadora empleada para estos animales, es pequeña, liviana, y no fabricada con piedras gruesas y pesadas como las usadas por los Querandíes, destinadas á cazar caballos ó animales corpulentos; saben además que el indio salvaje no boleaba sin previo aprendizaje un animal de especie desconocida, y menos llevando encima un ginete vestido de armadura, cosa nunca vista por ellos².

El éxito obtenido en la batalla de Matanzas, no es el resultado de un ensayo del momento, impropio de gente supersticiosa y de escasísimos conocimientos, sino la aplicación de un sistema perfectamente conocido y llevado á la práctica con el mayor éxito; y tan es así, que los mismos escritores españoles que menciono, al ponderar la habilidad de los indios, no demuestran sorpresa por el suceso, porque más tarde al escribir estas noticias ya tenían conocimiento de las costumbres de los Querandíes, y de que la boleadora como arma para cazar caballos, no era una improvisación del momento. Y si bien es cierto que no hablan de la existencia del caballo americano, tampoco lo niegan, siendo más bien sus decla-

¹ «Carta de Francisco Villalta», párr. 5.

² El guanaco y el avestruz se boleaban arrojándole la boleadora al cuello, y mientras el animal baja la cabeza y da vueltas buscando libertarse de aquel collar inesperado, el indio llega y lo remata. Si los Querandíes no hubieran estado acostumbrados á boleear caballos, no habrían arrojado á las patas de éstos un arma que sólo empleaban para el cuello de los otros. El guanaco no puede bolearse de las patas, y el caballo no puede bolearse del cuello: he ahí la diferencia.

raciones una presunción positiva de lo primero. Por otra parte, su silencio no es de extrañar: los que no han tenido una palabra para los *peludos*, *mulitas* y *carpinchos* de Buenos Aires, cuya extraña fauna veían por la primera vez, no tenían por qué ocuparse del caballo, cuya existencia en el interior de la pampa recién conocieron cuando ya habían recibido caballos de España y del Perú después de 1550.

Anteriormente he dicho, que desde el asalto á la ciudad de Buenos Aires el 24 de Junio de 1536, los escritos de Schmidel, Villalta, Hernández, G. de Mendoza, Ruiz Galán, Irala y varios otros que han dejado documentos de la época, no vuelven á mencionar caballos hasta la venida de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, en 1542, quien embarcó 30 en España y llegó á la Asunción por tierra desde Santa Catalina con 26. Los demás quedaron á bordo ó murieron en el camino.

Irala, en su carta al Consejo de Indias, fechada en la Asunción á 24 de Julio de 1555, al dar cuenta de sus preparativos de expedición al Perú, dice: «Después de lo cual, en Julio de 47, con mi voluntad y todos conformes, se acordó de entrar por este camino de los Mayas con dozientos y cinquenta españoles y entre ellos *veynete é siete de cauallo, que al presente avia*, y dos mil yndios amigos».

Más adelante dice: «en diez é ocho de henero de cinquenta é tres sali de este puerto con *ciento é treynta ombres de á cauallo* y dos mil yndios». No me explico este aumento prodigioso en los caballos de Irala; y como en el mismo documento se habla más adelante por repetidas veces de «*treynta de á cauallo*», podría pensarse que es un error del documento y diga: «ciento é . . . ombres é treynta de á cauallo». En caso de ser exacta la cita del documento, tal vez halláramos la explicación de algo muy ambiguo que hay en la «Carta de Bartolomé Garcia al Consejo de Indias», en 1556¹, en uno de cuyos párrafos, dice, reproduciendo una queja dirigida á Irala:

«Nunca me é hallado sin armas dobladas y de respeto, para mi y para otros que las abian menester, por que las abian quebrado, desbaratado, para contratar con los yndios, yndias para su servicio; pues yo nunca las quebré, ni desbaraté, ni contraté, ni con el

¹ En el Schmidel de la edición de Pelliza, 1881.

contrato de los yndios merqué yeguas ni caballos, como otros han hecho.»¹

Los indios eran tan abundantes en el Paraguay, como escasos los caballos. Los primeros no valían nada y se les cambiaba por cualquier cosa, siendo á veces los mismos indios los que rescataban por este medio sus hijos y mujeres. Los caballos, en cambio, eran rarísimos y tenían alto precio; Irala compró en 1551, uno morcillo por el que pagó 4.000 pesos oro. Los pocos que había han estado por consiguiente en poder de los Capitanes, quienes no iban seguramente á cambiarlos por indios que podían obtener sin deshacerse de la prenda de guerra más importante y lujosa de la época. Queda entonces una solución más clara: que los indios obtuvieran por intermedio de las tribus del Sur de Santa Fe, algunos potros y yeguas que cambiaban á los españoles por pedazos de hierro ó rescate de sus hijos y mujeres. Tal vez fué, por este medio, que los españoles tuvieron conocimiento de la existencia de esos caballos y se resolvieron á fundar á Santa Fe, y más tarde á Buenos Aires.

En los documentos posteriores á 1590 no encuentro sino la repetición interesada de los colonos de Buenos Aires referente á que los caballos eran hacienda *alzada*. Ruy Díaz escribe su «Historia del descubrimiento y conquista del Río de la Plata» bajo la misma impresión, pero, refiere la batalla de la Matanza (1536) con tales detalles de la habilidad de los indios en elegir el terreno, pantanoso y desfavorable á los caballos, y su destreza en bolearlos, que no deja lugar á dudas de que los Querandíes conocían los hábitos de estos animales y estaban acostumbrados á cazarlos.

Igual destreza y habilidad encontramos en los indios Araucanos que nos menciona Ercilla en su poema², siendo de notar que las

¹ Bartolomé García era habilísimo balletero y prestó grandes servicios á Mendoza y Ruiz Galán, en 1586.

La voz *desbaratar*, empleada en su carta, es análoga á deshacer ó desarmar, é indica que algunos quebraban ó deshacían sus armas para con los fragmentos *contratar* (comerciar) *con los indios*. Estos fragmentos eran muy codiciados por éstos, siendo inútiles á los cristianos; el comercio, por lo tanto, era con aquéllos, ya fuera por indios de otras tribus en guerra con ellos, ó por «yeguas y caballos».

La carta de García es de 1556, pero la cita corresponde á una petición dirigida anteriormente á Irala, y los hechos que denuncian son más antiguos aún. Por lo tanto, se trata del año 1550, por lo menos.

² «La Araucana», por D. Alonso de Ercilla y Zúñiga. Narra la guerra con los Araucanos, que dominados en 1551 por Valdivia, se sublevaron en 1554, matan á éste y recobran su libertad. En 1557, D. García, hijo del virrey Hurtado de Mendoza, baja del Perú con un ejército á dominar las tribus araucanas y otras de la Pampa occidental á que están aliados. En esta expedición va Ercilla.

observaciones de Piétrement á propósito de este libro son bien extrañas, pues si los indios vivieron en buena amistad durante más de tres años con los españoles, no tenían por qué espantarse á la vista de los caballos que ya conocían, fueran salvajes ó domesticados. Ercilla, por su parte, indica claramente que si los indios buscaban el abrigo de pantanos y despeñaderos, era para tener ventajas sobre los españoles mucho mejor armados y defendidos; y si no usaban los caballos como cabalgaduras, conocían sus costumbres y los servicios que podían prestar, utilizando en esa guerra algunos ya domesticados y enseñados que tomaron á los españoles.

Ercilla, en el Canto I, octava 25, dice:

«De pantanos procuran guarnecerse—por el daño y temor de los caballos—donde suelen á veces acogerse—si viene á suceder desbaratallos:—allí pueden seguros rehacerse,—ofender sin que puedan enojallos;— que el falso sitio y gran inconveniente— impide la llegada á nuestra gente.»—En el Canto III, oct. 80, se confirma esto, cuando Lautaro menciona los mil abrigos y reparos de sierras y pantanos donde pueden pelear con mas ventaja. Al final del Canto IV, se confirma esta indicación, pues los araucanos eligen para combatir la áspera cuesta de Andalicán, donde son derrotados los españoles con tres mil indios amigos, perdiendo seis cañones.

Otro ardid de guerra es el que señala en el Canto IX, oct: 56, cuando dice: «Detúvose Lautaro con intento—de esperar al caliente medio día, —porque de la mañana el fresco viento— los caballos y gente alentaría»; y, conocedor del efecto que el ardiente sol produce, inició el ataque «Cuando el sol en el medio cielo estaba—no declinando á parte un solo punto—y la aguda chicharra se entonaba—con un desapacible contrapunto».

En el Canto X, octs: 8 y 9, se relata la fiereza de las mujeres araucanas, que después de perseguir á los derrotados españoles, se vuelven para tomar parte en el saqueo é incendio de Concepción: Así á los nuestros, otra vez siguieron—hasta donde el alcance había cesado,— y desde allí la vuelta al pueblo dieron,— ya de los enemigos saqueado:—que cuando hacer mas daño no pudieron,— *subiendo en los caballos* que en el prado —suelos sin orden y gobierno andaban—á sus dueños por juego remedaban».

«Quien hace que combate, y quien huía,— y quien tras el que huye vá corriendo;—quien finge que está muerto y se tendía,— quien correr procuraba no pudiendo:—la alegre gente así se en-

tretenía, — el trabajo importuno despidiendo, — hasta que el sol rayaba los collados,—que el general llegó y los mas soldados.»

Estas dos importantes octavas que demuestran el ningún temor que los indios tenían á los caballos, no las cita Piétrement. Cita en cambio los pasajes del Canto xxxiv. oct: 57 y xxxvi, oct: 16, en que los indios muestran su extrañeza al ver hombres barbudos cubiertos de armadura, que hablan un idioma desconocido y montan en caballos *corregidos*¹, cosa que les llena de admiración, pero no les espanta, como sucede con el estruendo de los cañones. También es de advertir que Ercilla se refiere en este caso á los indios isleños del archipiélago, que ven los españoles por primera vez; dice así:

«Quedabanse suspensos y admirados—de ver hombres así, no conocidos,—blancos, rubios, espesos y barbados,—de lenguas diferentes y vestidos;—miraban los caballos alentados,—en medio de la furia correjidos,—y mas los espantaba el fiero estruendo—del tiro de la polvora estupendo.»

Sin ir tan lejos pudo encontrar, Piétrement, algo parecido en el Canto I, oct. 64, cuando Ercilla, al referirse á la primera dominación de los Araucanos, dice:

«Ayudó mucho el ignorante engaño—de ver animales correjidos,—hombres que por milagro y caso extraño—de la region celeste eran venidos:—y del súbito estruendo y grave daño—de los tiros de polvora sentidos:—como á inmortales dioses los tenían,—que con ardientes rayos combatían.»

Resulta, pues, que al principio, el espanto era producido por la artillería; la admiración: por los cristianos; la curiosidad: por los caballos adiestrados. Mas tarde, el espanto se tradujo en desprecio; la admiración en odio; la curiosidad en enseñanza; y el Araucano (como el Querandí), utilizó el caballo como cabalgadura. Así lo demuestra el Canto x, oct: 19, en que un hermoso caballo sirve de premio al indio más diestro en el manejo del bastón, y el Canto xii, oct. 14 y 15, en que Lautaro pide para suspender las hostilidades, treinta doncellas españolas, doce caballos magníficos enjaezados y seis lebreles diestros en la caza; declara al mismo tiempo que ha resuelto tener también caballos y que aprendan sus hom-

¹ La repetición de esta palabra, muchas veces repetida, indica que la admiración del indio no era causada por el caballo, sino por ver á éste domado, enseñado y dirigido por el ginete; cosa que al indígena no se le había ocurrido.

bres á gobernarlos; y para afirmar sus palabras, hace desfilar seis indios montados en caballos tomados á los españoles¹.

Este rápido examen de la «Araucana» nos revela que Piétrement ha interpretado mal el pensamiento de Ercilla; y la supresión de las estrofas que no convenían á su intento, así como la supresión y adulteración de pasajes en el Viaje de Schmidel, dejan un claro muy visible en su libro, produciendo una falla lamentable en una obra de alto mérito.

En cuanto al conjunto de las citas producidas debo considerarlo muy satisfactorio para poder llegar á las conclusiones siguientes:

1.º Que se niega la existencia del caballo precolombiano, teniendo por base fundamental el asombro demostrado por los indios de algunas regiones de América, al ver los ginetes españoles.

2.º Que este asombro no ha existido entre los indios de las llanuras del Sur y sus vecinos más inmediatos.

3.º Que los Charrúas, Querandís y Araucanos combatieron á la caballería española, eligiéndola de preferencia para blanco de sus armas.

4.º Que para conseguir su objeto, los Querandís boleaban los caballos con lá sangre fría y destreza de hombres acostumbrados á hacerlo.

5.º Que los indios de la Cordillera, parece no empleaban la boleadora, pero sí la empleaban los Puelches, sus aliados de la llanura.

6.º Que para evitar el choque violento de los caballos, los indios empleaban la táctica de situarse tras de pantanos, despeñaderos, etcétera.

7.º Que desde 1536 hasta 1542, los conquistadores no tuvieron caballos. En esta última fecha llegó Alvar Núñez con 26, y en Julio de 1547, había 27, según declaración de Irala.

8.º Que en 1553 declara éste poseer 130, y como Bartolomé García habla en su carta de «mercar yeguas y caballos con el comercio de los indios», es muy posible que éstos proveyeran á los españoles de esos animales.

¹ «Que, para que no andeis tal al seguro, acuerdo de tener tambien caballos, y de imponer mis subditos proouro á saberlos tratar y gobernallos.»

9.º Que los Araucanos en 1554, demuestran conocer perfectamente las cualidades de los caballos y resolvieron adoptarlos para la guerra imitando á los cristianos: propósito que no pudieron cumplir, pero que llevaron á cabo los Puelches de la pampa.

CAPÍTULO II.

ANTECEDENTES GEOLÓGICOS Y PALEONTOLÓGICOS.

El caballo sudamericano es geológica y paleontológicamente el más antiguo: zoológica y anatómicamente el más evolucionado y por consiguiente el más moderno. Trataré de establecer brevemente las razones que me hacen enunciar esta teoría.

Estudios modernos suficientemente comprobados, demuestran la existencia de antiguas conexiones continentales, hoy modificadas ó interrumpidas.

Según esos estudios, durante la época cretácea el istmo de Panamá no existía y ambas Américas estaban separadas por el mar. La parte más meridional de la América del Sur unida al casquete polar se prolongaba hasta Australia y Nueva Zelandia donde terminaba por ese lado. Por el Este «la América del Sur y el Africa estaban unidas por una tierra continua llamada Arquelenis por el señor Ihering, durante toda la época del cretáceo superior. Esta unión, aunque más restringida, existía aún durante una parte del eoceno y disminuyendo gradualmente persistió bajo la forma de una cadena de islas hasta el mioceno medio. No fué sino después que ese puente comenzó á interrumpirse, que las formas características del Atlántico Meridional invadieron el Atlántico Septentrional y vice versa ¹. Hoy sólo queda del Arquelenis hundido en el Océano los picos volcánicos más altos de sus montañas: islas de Santa Helena, Trinidad y la Ascención» ².

Comenzado este quebrantamiento durante el eoceno, la Australia se separa de América; grandes superficies de tierra desaparecen bajo las aguas con buena parte del Arquelenis y los mares de la

¹ F. Ameghino. Las Formaciones sedimentarias.

² Ibidem. Geologia. Paleog., Paleont., Antrop., pág. 11.

región Septentrional se transportan al sur para dar lugar á otras tierras que surgen allí. «El hemisferio septentrional se transformó en continental y el hemisferio austral, en insular y peninsular».

«El Africa austral, al perder en parte su antes perfecta conexión con Sud América, se unió con Asia que ya formaba una tierra continua con Europa, pero el Atlántico central, que se extendía por el Sahara hasta el Mar Rojo, oponía una barrera al pasaje directo de las faunas del Africa austral á Europa y vice versa. En cambio, con la transformación continental del hemisferio norte, surgieron tierras que pusieron en comunicación directa la mitad septentrional de Europa con la América del Norte al través del Atlántico septentrional.»

Dislocado el Arquelenis durante el coceno superior, una nueva conexión se forma entre Africa y Sud América estableciendo un puente á través del Atlántico por los puntos más próximos entre ambos continentes. Esta conexión, llamada «guayano-senegalense» persiste hasta el fin del mioceno y por ella pasan de Africa á la América meridional las especies de la época y entre ellas los antepasados del caballo, descendientes de los Notohipídeos que fueron de aquí.

Al final del mioceno, grandes movimientos tectónicos produjeron un levantamiento general de las cadenas de montañas que de Sur á Norte recorren el Nuevo Mundo, seguido de una gran regresión de las aguas del Océano.

«La masa continental adquirió una mayor extensión y las dos Américas se pusieron en comunicación por el surgimiento de una vastísima superficie de tierra en lo que hoy es el golfo de Panamá y el mar Caribe. Las islas Galápagos por un lado y las Antillas por el otro, quedaron englobadas en esa tierra nuevamente emergida, y América, bajo la forma de una gran masa continental rectangular, se extendía entonces desde uno al otro polo.»¹

Teniendo en cuenta estos antecedentes geológicos de la unión de los continentes desde fines del secundario hasta la mitad del terciario, que nos indican el camino que han seguido las especies Hipoideas en su emigración á través de las tierras hasta terminar su evolución en el caballo, pasemos á examinar muy rápidamente los antecesores de éste desde su tronco de origen.

¹ F. Ameghino, Geología, Paleog. Paleont., Antr., pág. 17.

Los Hiracoideos del cretáceo superior de Patagonia, habitaron en la América del Sur, Africa y Eurasia. No se conocen restos fósiles de estos animales en Norte América.

Los Hipoideos descienden directamente de los Hiracoideos. En este caso, también, la transformación de un grupo en otro se ha efectuado en la América del Sur, puesto que en el cretáceo superior de Patagonia la transición de uno al otro es tan perfecta que la distinción es á veces difícil. La familia más antigua del grupo, es la de los Acelodideos, uno de cuyos géneros, *Acelodus*, constituye el tronco de los Notohipídeos que aparecen en Patagonia en el cretáceo superior representados por formas enanas y de transición como el *Patriarchippus*¹ y toman un gran desenvolvimiento en el terciario antiguo.

De estos Notohipídeos primitivos, una rama de la que forma parte el *Anchilopus* del eoceno medio y superior de Europa (Francia, Suiza) conduce á los Equídeos de los tiempos neogenos, pero los tipos eogenos que les han precedido quedan todavía desconocidos en su mayor parte.

Establecidas las conexiones entre Sud América y Africa, más tarde entre ésta y Eurasia y finalmente entre Europa y la América del Norte, que finaliza por la unión de las dos Américas, queda fijado el camino que siguieron las especies en sus emigraciones. Veamos ahora cómo se verificaron esas corrientes emigratorias, según el Dr. Ameghino².

«Existe una gran diferencia entre las emigraciones que tuvieron lugar al fin del cretáceo y comienzo del terciario, y aquellas que se efectuaron durante el terciario medio. En la época cretácea, el movimiento emigratorio era exclusivamente de la América del Sur al Antiguo Mundo; en el terciario medio y tal vez á partir del eoceno superior, el movimiento emigratorio ha sido doble, de la América del Sur al Antiguo Mundo y de éste á la América del Sur.

«En la corriente emigratoria del Nuevo al Antiguo Mundo, no se encuentra sino grupos que faltan en el cretáceo superior de la América del Sur á donde ellos aparecen en el eoceno y que no hacen su aparición en el Viejo Mundo sino un poco más tarde.

¹ Después, *Morphippus*, *Rhynchippus*, etc.; todos con dentadura en serie continua; prosiguen su desenvolvimiento en el terciario: *Argyrohippus*, *Pseudhippus*, *Notohippus*, último representante del género que se extingue en la base del Santacrucense.

² F. A. meghino. Las Formaciones sedimentarias del cretáceo superior y del terciario de la Patagonia. *An. del M. N.*, T. VIII. p. 885.

En las emigraciones en sentido contrario, se trata de grupos que, habiéndose constituido en el eoceno superior ó en el oligoceno del Viejo Mundo, no aparecen en la América del Sur sino en una época un poco más reciente.»

Esto demuestra que mientras subsistió una conexión, las faunas de Africa y de la América del Sur estuvieron en constante comunicación cruzándose las emigraciones del uno al otro continente hasta la ruptura y sumersión del puente guayano-senegalense «en el último tercio de la época miocena en que desaparece». Por ese tiempo se produce el levantamiento que unió las dos Américas y de este modo las comunicaciones interrumpidas por el hundimiento de aquel puente quedan restablecidas entre Africa y nuestro territorio por un nuevo camino: Asia, Europa y Norte América.

Recién entonces pudieron pasar las especies Equideas de una América á la otra, pero antes que el caballo norteamericano llegara á nuestro continente, ya habían llegado de Africa por camino más corto y favorable los antecesores del nuestro más evolucionados y por consecuencia más perfectos que el norteamericano.

Este fenómeno es fácil de comprender. Aunque los caballos de una y otra América tengan un tronco común, primero en Patagonia y luego en Asia, su desprendimiento en dos ramas que han venido por distinto camino y por distinto clima, ha bastado para modificar la especie. El caballo de Norte América ha cruzado una región más extensa y montañosa para pasar de Asia á Europa y de ésta, por el helado puente de la Groenlandia y el Labrador, hasta las accidentadas tierras de la América Central; mientras que el caballo sudamericano ha venido por el sendero de emigración de sus antepasados, más corto y más favorable por su clima que cruza la zona cálida sufriendo la influencia de ese ambiente que nos trae sin dificultades á la siguiente conclusión:

En los países fríos, la vida es más larga, la unión sexual más tardía, la evolución más lenta. Luego, pues, nuestro caballo, cruzando la zona cálida, ha sido de vida más corta, de unión sexual más temprana y de evolución más rápida, siendo más perfecto en este sentido que el caballo europeo.

Más adelante nos ocuparemos de este perfeccionamiento anatómico, pero, mientras tanto, permítaseme observar aunque sea de paso, que no veo la razón para suponer que las especies de caballos que poblaban la pampa argentina á fines del terciario y en el cuaternario, han venido á extinguirse totalmente cuando todo les

era más propicio, en las llanuras fertilísimas que fueron cuna de sus mayores, con un clima favorable y con elementos de vida superiores á las de otras regiones.

Creo asimismo que el caballo en la época cuaternaria moderna, ha huido de las zonas frías y tropicales, desapareciendo de los bosques y montañas para buscar en climas templados las llanuras extensas, ricas en pastos y en aguadas, donde pudieran correr libremente y divisar á la distancia la aproximación de la fiera que caía como el rayo sobre las yeguas y potrillos, ó del indígena que lo perseguía para alimentarse con sus despojos. Por esto considero inhabitable para el caballo la formación montañosa y boscosa de los tiempos modernos, situada en climas desfavorables para él, pero no así las llanuras, estepas y pampas de los climas templados.

Suponer que el caballo se ha extinguido porque también se extinguieron por esa época el Mastodon, el Megaterio, el Gliptodon y la Macrauquenía, es teoría inadmisibile. Esos animales de gran tamaño necesitaban otro clima y otro territorio que se adaptara á su desarrollo y al nuevo género de vida que la última evolución les exigía. En el Viejo Continente, los elefantes y tapires se retiraron á las selvas de las regiones cálidas y los camélidos á las serranías áridas y escasas de arroyos y manantiales. En el Nuevo Mundo sucede otro tanto; el tapir se refugia en los bosques de la zona cálida; el Mastodon desaparece con el Paleolama: pero éste es reemplazado por especies más pequeñas: la llama y el guanaco, que habitan las serranías del Perú á Tierra del Fuego, al mismo tiempo que el Megaterio y el Gliptodon dejan sus representantes, el primero en los bosques tropicales y el segundo desde el ecuador al estrecho de Magallanes, siendo de notar en estos edentados algo que es sugestivo: las especies de la cálida zona del norte, son de gran tamaño y van decreciendo á medida que se aproximan al sur.

Suponer que una invasión de las aguas ha destruído aquellas especies, sería tarea inútil. La pampa, por muy llana que sea, es de estratificación ondulada y discontinua, siendo más elevada hacia el Oeste; si ha tenido lagos de agua dulce y salada, también ha tenido lomas y mesetas de importancia, sin contar las altas serranías que la cruzan al sur en una vasta extensión. Los lagos dulces y salados están bien marcados por las capas de moluscos que les caracterizan: sobre las lomas no existen los *Unio*, *Hydrobia*, y *Ampullaria* de las aguas dulces, ni las *Venus*, *Ostrea* y *Littorina*, de las invasiones marinas. Descartados el calor y la inundación como

causa destructora, queda sólo el frío como elemento inadecuado para la existencia del Mastodon, el Megaterio, el Gliptodon, etc.; pero, si el clima frío era inadecuado para la vida de esas especies siéndoles favorables el calor, en cambio para el caballo la modificación producida en el clima de la pampa era un beneficio, pues este animal resiste temperaturas muy bajas y vive bien en la Tierra del Fuego, aun en el estado salvaje con muchos grados bajo cero, mientras muere fácilmente en el Paraguay, Chaco y regiones del Norte, atacado por el *mal de cadera*, *la puna* y otras enfermedades que con el tábano, murciélago y demás sabandijas lo destruyen brevemente.

En presencia de estos hechos debemos preguntarnos: ¿Por qué extinguirse el caballo donde ha continuado viviendo el ciervo y el guanaco? ¿Por qué desaparecer el caballo donde ha persistido el hombre? ¹

El descubrimiento de restos de caballos fósiles en terrenos modernos de América, acompañados á veces de otros de animales domésticos y restos humanos aborígenes, ha sorprendido á más de un naturalista, causando profunda cavilosidad en otros. No es de extrañar la sorpresa ni de admirar tanta meditación; después de aceptar por varios siglos como una tradición digna de fe que el caballo americano es importado, encontrar de pronto una prueba contraria que descalifique esa tradición, es como para sorprender y dejar pensativo al historiador y al paleontólogo.

Hechos de esta naturaleza se han producido en ambas Américas y los sabios paleontólogos que en ellos han intervenido no han vacilado en declarar valientemente su pensamiento, aun cuando sus escritos sean el reflejo de indecisas convicciones.

A mediados del siglo pasado se descubrieron en la Carolina del Sur restos de caballos y otros animales domésticos mezclados á fósiles del postplioceno. Pocos años antes el naturalista Land había encontrado algo análogo en una caverna del Brasil. Ambos hallazgos causaron sensación y dieron tema á diversas conjeturas y largas discusiones: era la lucha que comenzaba entre la tradición y la realidad.

El Dr. Burmeister, escribiendo en 1875, cuando nuestros cono-

¹ En las excavaciones practicadas por el Dr. Ameghino en *paraderos* indios antiquísimos del terreno pampeano, ha encontrado huesos de caballo fósil junto con otros de *Glyptodon*, *Paleolama*, *Cervus*, etc., y restos de alfarería y fogones de los aborígenes de esas regiones.

cimientos paleontológicos á propósito del caballo americano estaban en su infancia, decía:

«Entre los objetos fósiles de nuestro país, tan rico en ellos como casi ninguna otra parte de la superficie de la tierra, sorprenden al observador, más que otros, los restos de caballos, ó á lo menos de animales muy parecidos á ellos, que no son actualmente indígenas de América, sino introducidos por los europeos después del descubrimiento del Nuevo Mundo». En una nota agrega:

«Un sabio de Norte América, D. FRANCIS S. HOLMES, quiso probar en un folleto titulado: *Remains of domestical animals, discovered among post-pliocene fossils in South Carolina* (Charleston, 1858), que los caballos domésticos han vivido en sociedad de ganados y ovejas en la época diluviana de Norte América, contemporáneos con los aborígenes americanos del mismo tiempo.»

Estas pocas pocas líneas nos demuestran que el Dr. Burmeister se *sorprendió* de hallar en nuestro país restos de caballos aun cuando sólo eran *parecidos* al caballo actual. ¿Qué pensaría hoy el ilustre sabio en presencia de todo lo que se ha descubierto después, en pisos más recientes y con cierta analogía al caso que menciona el naturalista Holmes?

Lo curioso del caso es que cuando Burmeister, aceptador pasivo de la tradición del caballo importado por los conquistadores, refutaba la opinión de Holmes, que le era opuesta, como lo indica el título de su libro: *Restos de animales domésticos descubiertos entre fósiles del post-plioceno de la Carolina del Sur*, ya se había producido el hallazgo análogo de Lund en una caverna del Brasil, y Ameghino estaba en vísperas de descubrir algo más positivo en las barrancas de «Cañada de Rocha», en Luján.

Lund, en su descubrimiento del *Equus aff. caballus*, cuyos restos se hallaban asociados á los del hombre, observa que «puede haber sido usado por los habitantes de esos tiempos como un animal doméstico. Puede ser, agrega, fácilmente resuelto este punto por un simple examen de los restos del animal, pero en todo caso requiere una cantidad de especímenes para compararlos, ya que uno de los resultados de la domesticidad es aumentar los límites de los caracteres por el juego de la variación individual. De las pocas muestras que yo he tenido para examinar, que sólo han sido tres, naturalmente que ninguna conclusión á este respecto he podido fundar, pero no debo olvidar que en uno de esos especímenes encontré un fenómeno patológico, esto es, una deformidad en la construcción de uno de los dientes (*molar*); los tres especí-

menes eran más bien animales jóvenes, excediendo en tamaño á la raza de los caballos introducidos por los Portugueses».

Owen, discurriendo sobre estos asuntos, hace diversas conjeturas sobre la causa de la extinción del caballo americano, y negando que ésta se haya producido por la persecución del hombre, dice:

«No es verosímil, vista la avidez con que los indios de la Pampa agarraron y sometieron los descarriados descendientes de los caballos europeos introducidos por los descubridores y conquistadores de la América del Sur, y el buen uso que esos nativos errantes sacan hoy día de la numerosa progenie de los caballos españoles, que ese dócil Equino haya sido muerto ó destruído por los antepasados de esos aborígenes. Las circunstancias del descubrimiento y los hechos de la extinción de una especie de caballos en la América del Sur, hace pensar en otra causa que aquella de la hostilidad del hombre á un animal tan útil, y nosotros podríamos entonces de igual modo, aplicar el beneficio de tal duda á la extinción por los medios humanos de los contemporáneos del *Equus curvidens*, v. g., *Megatherium*, *Toxodon*, *Mucrauchenia*, *Glyptodon*, etc.»¹

Colocados los paleontólogos entre la tradición y hallazgos tan extraños, han vivido medio siglo de incertidumbres buscando la solución según sus convicciones, siendo pocos los que han quebrado una lanza en la arena pública en defensa de sus ideales.

Es innegable que el descubrimiento de restos de caballos fósiles en terrenos tan modernos, en las condiciones apuntadas, y en distintos puntos tan lejanos unos de otros, ataca la tradición de un modo formidable. No es posible creer en la extinción del caballo algunos años antes de la conquista, cuando no hay causa aparente que la indique y, si esta causa no se encuentra, la tradición se derrumba, surgiendo como verdad única la existencia del caballo antecolombiano en América.

Para restablecer el dominio de la tradición, es necesario que ese caballo desaparezca antes de la conquista, y para esto es preciso encontrar la causa de su extinción. A tan ingrata pesquisa han dedicado su tiempo reputados hombres de ciencia, cuando les hubiera resultado más fácil encontrar en los archivos los medios de aclarar el asunto con el auxilio de la prueba histórica.

En la revista francesa «L'Anthropologie»², al hacer un juicio

¹ OWEN. «On fossil remains of Equines from Central and South America». Phil. Trans. 1869.

² Tomo 22, Núms. 4 y 5. 1911.

crítico de la obra de Mr. H. F. Osborn, «The Age of Mammals in Europa, Asia and North America. 1910», se estudia los razonamientos del autor á propósito de las causas que, según él, han podido hacer desaparecer los caballos en el continente americano durante el período pleistoceno.

Mr. Osborn opina por la completa extinción del caballo en Norte América y encuentra la causa en los extensos glaciares de esa región que modificando el clima en sentido desfavorable á la vida de aquellos animales, concluyó por extinguirlos. Lanzado en esta corriente de ideas pasa á Sud América—aunque su trabajo, como lo indica el título, excluye el hemisferio austral—y en éste encuentra que los fríos no pueden haber sido causa suficiente para destruir la especie caballar. «La desaparición total de los caballos, dice el autor, es particularmente *difícil de comprender*, porque los Equídeos pueden, más fácilmente que otros animales, adaptarse á los cambios de medio ambiente». Debe excluirse el frío, por lo tanto, como causa de extinción; y Mr. Osborn piensa que es preciso invocar como principio destructor, grandes epidemias producidas por «moscas picantes, favorecidas por un régimen de humedad excepcional».

«Las lluvias persistentes que ocasionan estos cambios, modifican la vegetación haciendo desaparecer los pastos, aumentando las plantas venenosas á los caballos, mientras favorecen el desarrollo de las selvas facilitando la dispersión de los carnívoros. «Todas estas causas han podido concurrir á la desaparición total de los caballos pleistocenos americanos.»

Sin desconocer la importancia de la opinión del erudito Mr. Osborn, pienso que las causas apuntadas no son suficientes para la destrucción de la especie caballar en un continente tan vasto como el nuestro, con tres climas, altas montañas, terrenos accidentados y llanuras inmensas. Además, lo que pudo destruir al caballo, hubiera destruído al ciervo, al guanaco y otros herbívoros

Enfrente de tanta anarquía de ideas, queda un hecho real y positivo: *los restos fósiles del caballo americano ocupan todos los pisos, sin excepción, desde el plioceno hasta los aluviones modernos, donde se mezclan con los del caballo que se dice importado.* Podrá hacerse cuantas objeciones se quiera, pero ante una prueba tan concluyente de que el caballo vivía en nuestro continente antes de la conquista, sólo nos queda afirmar que su existencia es la realidad; su extinción, la hipótesis.

CAPÍTULO III.

TESTIMONIOS ZOOLOGICOS Y ANATOMICOS

La forma de evolución y perfeccionamiento del caballo, podemos interpretarla de dos modos:

1.º Producida en Africa por los Notohipídeos que fueron de aquí, los que regresaron en forma más adelantada. 2.º Verificada

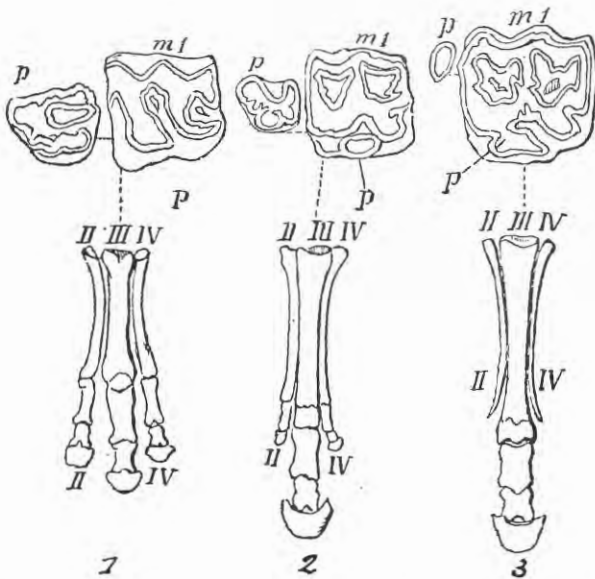


Fig. 3. Evolución del caballo, según Owen. 1 *Paleotherium*. 2 *Hipparium*. 3 Caballo.

aquí y allá al mismo tiempo por dos grupos distintos nacidos de un mismo tronco; lo que daría por resultado que aquellos caballos descenden del *Hipparium* (de tres dedos) y los nuestros del *Hippidion* (un solo dedo), mucho más perfecto. Esta solución (en dos grupos que evolucionan independientemente llegando á igual resultado) no es imposible, y el doctor Ameghino la aplicó al

hombre en 1906, cuando decía: «Habiendo vivido los precursores del hombre sobre los dos continentes desde el comienzo del mioceno, es igualmente posible que el hombre haya tomado origen independientemente sobre los dos continentes, por la evolución y transformación de dos ó más precursores»¹. Hallazgos posteriores que enlazaron unas especies con otras, demuestran que estaba en lo cierto.

Cualquiera de las dos formas que aceptemos, nos traerá á la conclusión de que el caballo *criollo* es el más evolucionado en el sentido del perfeccionamiento de sus miembros de locomoción, al mismo tiempo que conserva mejor los caracteres de una raza primitiva. Un rapidísimo examen del esqueleto lo demostrará².

El *Hipparion*, que es el Equídeo más antiguo del Viejo Mundo, tenía en cada uno de los cuatro miembros tres dedos completos, de los cuales el mediano era el único que apoyaba en tierra cuando el animal pisaba en terreno firme. Owen hace descender al *Hipparion* del *Paleotherium*, que sería el tronco del grupo que termina en el caballo del Antiguo Mundo y más tarde de Norte América, pero hoy, se desecha al *Hipparion* como una rama sin descendencia y se indica para antecesor del caballo al *Protohippus*, que también tenía tres dedos, de modo que uno ú otro nos resulta igual para el estudio que venimos haciendo del pie del caballo.

En la América del Sur el más antiguo de los Equídeos propiamente dichos, es el *Hippidion* del pampeano inferior y superior; animal mucho más perfecto que el *Hipparion* del Viejo Mundo por presentar un solo dedo en cada extremidad, teniendo ya atrofiados los otros dos laterales que aparecen independientes aunque más cortos en aquél, mientras en el *Hippidion* son ya rudimentarios presentando una forma de punzón (huesos estiloides).

Este animal ha tenido toda la apariencia del caballo, aunque su cabeza demasiado voluminosa, el desarrollo excesivo del hueso nasal y su cuello relativamente corto, le hayan dado el aspecto del asno ó de la cebra. Los miembros anteriores parecen ser más cortos que en el caballo, y esta posición ligeramente inclinada hacia ade-

¹ Forms. sediment., pág. 450.

² Debo en esta parte al señor Carlos Ameghino muchas indicaciones preciosas que son de gran valía, pues además de ser un experimentado paleontólogo, se ha especializado en el estudio del caballo fósil.

lante, da al animal un aspecto menos elegante y ligero que el de aquel, pero, la robustez de las patas y de la región lumbar, que resulta más alta, denota que si el *Hippidion* no era un esbelto corredor, era en cambio un animal fuerte y resistente á la fatiga, carácter que han heredado sus descendientes ¹.

Zittel dice que *Hippidion* tiene «los metápodos recogidos, más cortos que en el caballo; estiletes huesosos laterales pasando la mitad del metápodo y ofrece aún, en su dentición y en la estructura de su esqueleto, caracteres arcaicos».

El *Stereohippus*, cuyos restos fósiles se han hallado en Tarija, presenta en su cráneo ciertas analogías con el *Hippidion*. Perteneció probablemente, al piso puelchense.

El *Onohippidion*, encontrado en una caverna en Última Esperanza, al extremo austral de Sud América, presenta asimismo algunas analogías pero difiere en otras por caracteres rarísimos; especialmente llama la atención las dos enormes cavidades que presenta á los costados de las fosas nasales, carácter que no se encuentra tan desarrollado en ningún otro hipideo.

Con este animal se hallaron restos de la piel revestida de un pelaje largo y tupido, huesos con cartílagos y músculos, falanges de los dedos principales provistos de la uña ó casco, siendo de notar la pequeñez y dureza de éstos, semejantes á los de la mula y destinados á marchar por los senderos duros de la montaña.

El estado de conservación de estos restos y de otros de distintos animales que los acompañaban, con cenizas de fogones, huesos quemados y partidos y señales de cortaduras de cuchillos en pieles y articulaciones, denota que el *Onohippidion* ha vivido en

¹ El Dr. Burmeister era de opinión que el gran desarrollo de las fosas nasales, ha permitido al *Hippidion* aspirar una gran masa de aire, haciéndole resistir con mayor facilidad la fatiga en las grandes correrías de su vida errante.

Según Ameghino el *Hippidion* es el antecesor inmediato del Caballo y en 1904 decía sobre este asunto:

«Un punto importante que parece claramente establecido es que el género *Equus* está limitado al pampeano superior (Bonaerense) y (Lujanense) y también al postpampeano antiguo (Platense), pero falta completamente en el pampeano inferior (Ensenadense). *Hippidion* se encuentra desde el pampeano superior hasta el inferior, estando acompañado en este último horizonte por *Onohippidion* ó *Hippaphys*, tipos de una conformación muy primitiva. La transición entre los géneros *Onohippidion*, *Hippidion* y *Equus* es perfecta, y una de las especies de este último género, el *Equus recidens*, se acerca tanto del *Equus caballus*, que según todas las probabilidades es su verdadero antecesor». «Nuevas especies de Mamíferos del Cretáceo y Terciario de la Argentina», por Florentino Ameghino, en Anales de la Soc. Científica Argentina. Tomo LVII. 1904.

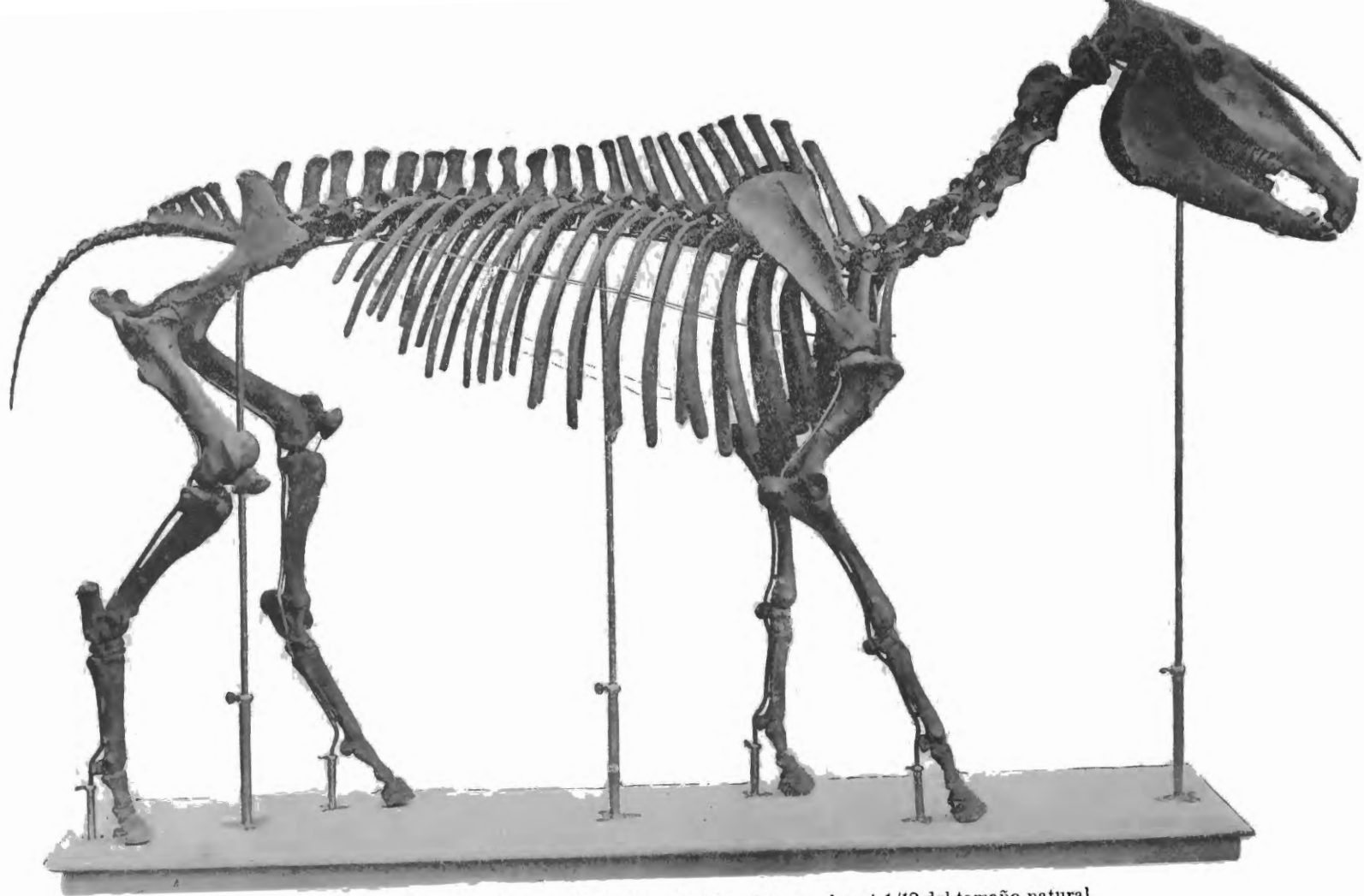


Fig. 4. *Hippidion bonaërensis*. C. Amegh. Vista del esqueleto á 1/12 del tamaño natural.
Piso lujanense (pampeano el más superior) de la provincia de Buenos Aires



Fig. 5. *Equus caballus* L. Vista del esqueleto á 2/25 del tamaño natural.

tiempos relativamente modernos y en lugares habitados por el hombre.

Antes de este hallazgo, el Dr. Ameghino había encontrado en los «paraderos» indios de «Cañada de Rocha» en Luján, restos del *Equus reitidens* con señales inequívocas de que los Querandíes se alimentaban de estos animales, y D. Carlos Ameghino, que dirigió parte de dichos trabajos, recuerda el hallazgo de un pie de uno de estos equídeos, provisto de su casco en perfecto estado de fosilización.

Un cráneo del *Equus reitidens* conservado en este Museo tiene un rasgo típico que lo asemeja á los otros hipídeos extinguidos: el desarrollo de la cresta occipital, en una forma tan saliente que sobrepaja las del *Hippidion* y *Onihippidion* ya bastante notables. Esta prolongación occipital no es tan visible en las cabezas de caballos modernos.

Comparada la cabeza del *Equus reitidens* con la del caballo criollo que posee el Museo, se nota la semejanza del perfil y el abovedado de la frente que existe entre ambas.

Este carácter, llamado «cabeza acarnerada», es un lazo de unión entre las dos especies, demostrando una vez más el abolengo netamente americano del caballo criollo pues el caballo europeo tiene el perfil recto, la frente plana y la cabeza poco voluminosa.

La semejanza que existe entre la cabeza del *Equus reitidens* y la del caballo *criollo* es tan evidente, que ella sola denota la existencia del caballo antecolombiano en América, y si á esto se agrega que los restos fósiles del primero se encuentran en terrenos sumamente modernos confundidos con los del segundo y acompañados de objetos de la industria indígena, fácilmente se llega á la evidencia de que existía el caballo cuando vinieron los conquistadores.

La evolución en los miembros motores del caballo por la atrofia y desaparición de los dedos laterales, nos da un nuevo dato muy interesante.

El profesor Sr. Van de Pas, que se ha ocupado detenidamente de este punto¹, hace al respecto las siguientes observaciones:

«Aunque el caballo primitivo con cinco dedos completos, no ha sido encontrado (si no se quiere considerar como tal el *Phenaco-*

¹ «Un paso hacia adelante en el camino de la evolución del caballo», por Luis Van de Pas, Profesor en el Instituto superior de Agronomía y Veterinaria de Buenos Aires. *An. del M. N. t. x*, p. 143.

dus primaevus hallado en el eoceno antiguo de la América del Norte), se puede seguir la filiación desde el *Hyracotherium* (*Eohippus*) pasando por *Orohippus*, *Mesohippus*, *Protohippus*, hasta *Equus*, y se ve que desaparece:

1.º La falange del dedo interno, siguiendo después el metacarpiano ó metatarsiano interno (Mc. I ó Mt. I).

2.º Continúa la atrofia del lado externo con el dedo V y su Mc. V ó Mt. V.

3.º Que la atrofia en el Mt. se efectuó más ligero que en el Mc. (*Orohippus* en la mano tiene cuatro dedos, en el pie tres. *Mesohippus* tiene tres dedos en la mano y en el pie, pero la mano muestra un vestigio del Mc. V, mientras que Mt. V ya desapareció. (El Mc. V permanece aún por mucho tiempo, como rudimentario, aun en el *Hipparion* ó *Hippidion*).

Finalmente desaparecen las falanges del 2.º y 4.º dedo como también el resto del Mc. V.»

Se ve, pues, que el perfeccionamiento en esta evolución, tiende á la desaparición completa de los dedos laterales, dejando únicamente el dedo III ó medio; evolución que viene siguiendo el caballo desde los primitivos equidos.

Siguiendo este principio, el Sr. Van de Pas, ha hecho estudios especiales sobre *caballos criollos* y comparándolos con las de otras regiones, encuentra no sólo más atrofiados los dedos II, y IV¹, sino también que en algunos casos «los metatarsos principales son muy comprimidos lateralmente, por lo que se asemejan algo al *Hippidion*». Llega por fin, á las siguientes conclusiones:

a. Que en la República Argentina se encuentran caballos que demuestran una atrofia muy adelantada en los estiloideos de las extremidades anterior y posterior.

b. Que en estos caballos, el estiloideo externo, es siempre el más atrofiado.

c. Que el interno tiende también á acortarse, no alcanzando en general el largo que actualmente se admite por normal.

d. Que es el caballo del país, no mestizado ó poco, el que muestra estos caracteres.»

Más adelante agrega:

«Puesto que los antepasados del caballo, y el *Equus* fósil no fueron más evolucionados que los caballos actuales de los cuales pro-

¹ Hueso s estiloideos. Los dedos I y V, ya han desaparecido, siendo muy raro encontrar vestigios de ellos.

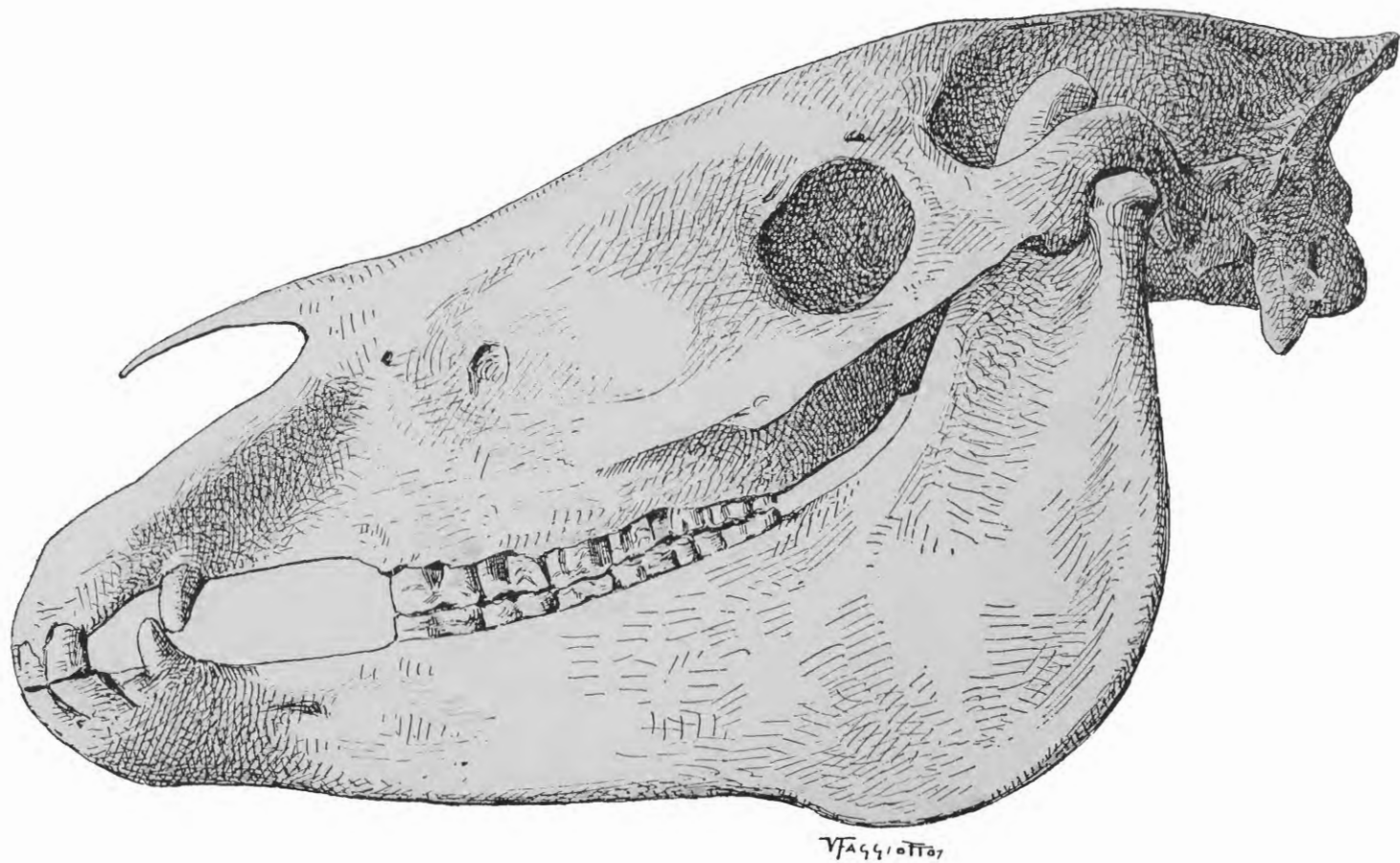


Fig. 6. Cráneo del *Equus reitidens*, caballo fósil del pampeano más moderno.

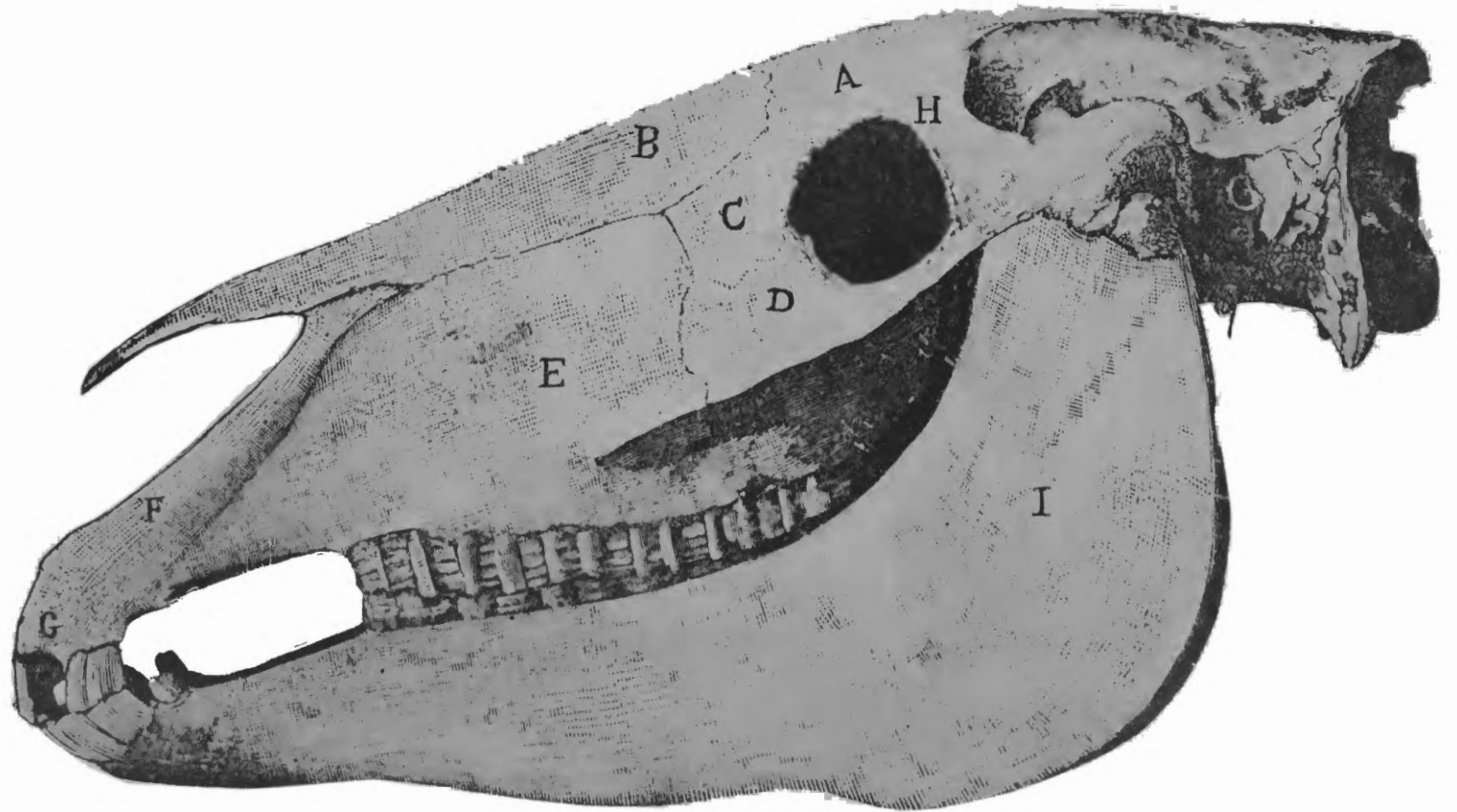


Fig. 7. Cráneo del padrillo criollo «Callvucurá», tomada de un estudio del Sr. E. Lynch Arribálzaga, en An. Min. de Agric. 1900.

ceden las preparaciones descritas, creo encontrarme en presencia de un progreso en la evolución.

«Para admitir un simple fenómeno pasajero, los ejemplos son demasiado frecuentes: además, me ha sido posible averiguar que la procedencia de los caballos examinados es demasiado diferente para suponer que fueran de una sola familia que presentara este fenómeno.



Fig. 8. «La evolución del Caballo».—Láminas 1 y 4 del trabajo del Sr. Van de Pas, demostrando el atrofiamiento de los dedos II y IV (huesos estiloides). Las cifras indican el largo en cents.

«La afirmación que descendientes del caballo fósil viven probablemente todavía en lejanas partes del país (en las cordilleras de Santa Cruz, según Mercerat), es sin duda de importancia para una explicación del fenómeno; pero como por el momento faltan aún pruebas concluyentes, creo mejor dejarla fuera de consideración.

«Personalmente creo poder explicarlo: *por la sucesión rápida de las generaciones.*»

Para explicar la conclusión á que arriba, el Sr. Van de Pas, dice, que los caballos de la pampa haciendo una vida libre por espacio de «dos ó tres siglos, puede haber bastado para producir esta atrofia. Tal vez el incesto puede haberla reforzado».

Acepto sin vacilar las conclusiones del Sr. Van de Pas, pero no admito que la evolución se deba á «dos ó tres siglos» de vida libre

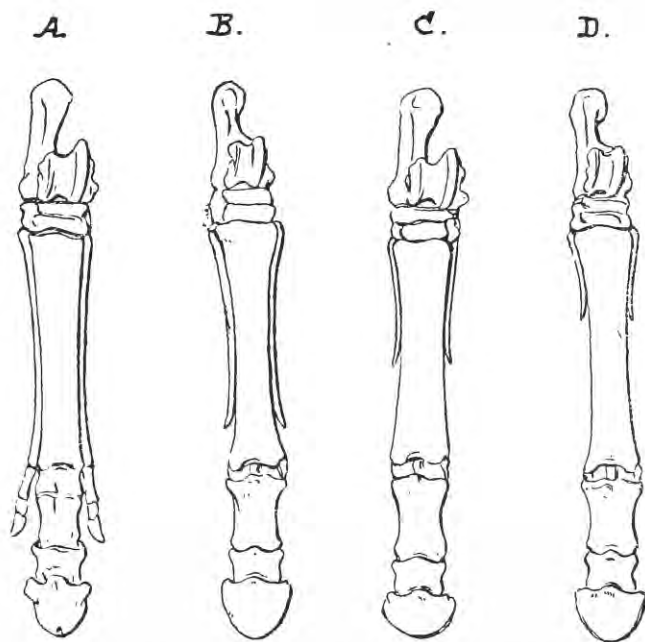


Fig. 9. Evolución del pie en el caballo, demostrando la desaparición de los dedos II y IV y acortamiento de los estiloideos.

A. Pie del *Hippidium*.—B. Caballo europeo (los estiloideos ocupan $2/3$ del met., III.—C. *Hippidium*—metápodo III más corto y fuerte - estiloideos que llegan á la mitad del met. III.—D. Caballo criollo.—Estiloideos muy atrofiados llegando ter. med. á $1/3$ del met. III.

por ser muy corto el término y porque un hecho análogo se habría producido en todas partes donde existen caballos en estado libre.

Descartando los caballos asiáticos y africanos, encontramos en Europa mismo, en la Rusia meridional y en las llanuras de Norte América, tropillas de caballos en estado salvaje. En Francia, España, Polonia y Hungría hay rebaños de caballos que hacen una

vida libre desde que los introdujeron los árabes y las huestes de Atila ¹. De esos mismos caballos, seleccionados y cruzados se han formado las distintas razas que pueblan las Cabañas europeas, sin que los productos de aquéllos ó de éstas (que son creación muy moderna) presenten el fenómeno de evolución ó carácter de antigüedad de la especie que con tanta erudición trata el Sr. Van de Pas.

Creo, como él, que este adelanto en la evolución del caballo se debe á «la sucesión rápida de las generaciones»; pero esto, por la antigüedad del caballo en la Pampa sin interrupciones en ninguna época y por el clima cálido que atravesaron sus antecesores que les permitió adelantarse en la evolución á los de las regiones frías del Norte de Europa. Es así como comprendo lo que tengo dicho anteriormente: «en los países cálidos la vida es más corta, la unión sexual más temprana, la evolución más rápida». ²

La particularidad que presentan muchos caballos africanos (Dongolawi) de tener cinco vértebras lumbares en lugar de seis, por hallarse soldada la última al sacro ³, es asimismo un carácter de perfeccionamiento que indica un adelanto en su evolución orgánica. Pero, este carácter que á veces se reproduce en el caballo andaluz y en el caballo criollo, no indica en manera alguna que el segundo descienda del primero, pues en este caso se hubieran trasmitido asimismo otros caracteres anatómicos y de formas exteriores, cuyo conjunto habría sido favorables á esa idea, mientras que su ausencia aleja semejante hipótesis; y aunque soy partidario del origen africano de nuestro caballo, no lo admito sino en época remotísima, siendo tal vez el *Equus rectidens* un contemporáneo aquí, de la evolución que sus hermanos de raza verificaban allá, como vástagos de un mismo tronco, pero en distinto continente.

El número de vértebras dorsolumbares del caballo, no es un carácter que revista gran importancia, pues resulta tan variable

¹ Me refiero á los caballos africanos y asiáticos y no á los que ya existían en Europa mucho antes de esas invasiones.

² Según Marsh, no es raro en N. A. encontrar dedos en el estíloide interno de los Mustangs del Sur Oeste de Estados Unidos. Este caso de atavismo es *rarisimo* en el caballo criollo y demuestra su mayor alejamiento secular del antecesor de tres dedos.

En nuestro Museo, al cual se enviaban antiguamente, á falta de cosa mejor, piezas teratológicas, no existen ejemplares de esa anomalía del pie del caballo.

³ La soldadura es visible en la mayor parte de los casos.

que ha producido en un tiempo, cierta anarquía en la opinión de los zoólogos. Haciendo mención de estas variantes en el esqueleto del caballo, dice Piétrement: «no es absolutamente raro encontrar en la región dorsolumbar de los caballos: ya sea 5 vértebras lumbares con 18 dorsales, total 23; ó 5 vértebras lumbares con 19 dorsales, total 24; sea 6 vértebras lumbares con 17 dorsales, total 23; ó 6 vértebras lumbares con 19 dorsales, total 25»¹.

M. Sanson ha encontrado que la raza Dongolawi presenta 5 vértebras lumbares y 18 dorsales, total 23, mientras que otras tienen 24, y como además hay caballos que presentan 25, el conflicto se agrava con la aparición de esta nueva vértebra que viene á desconcertar la fijesa de carácter anatómico de la especie, que se le ha querido dar. Piétrement, dice á este respecto:

«Sin negar el alcance considerable del descubrimiento de M. Sanson, nosotros pensamos que algunos de los hechos que acaban de ser señalados, junto á otros análogos que han sido ya consignados en los tratados de anatomía comparada parecen indicar que el número de piezas huesosas de las regiones raquidianas no tienen toda la importancia que ciertos zoólogos le han atribuido y que aquí la cuestión de forma, prima sobre la cuestión de número».

Muchos caracteres externos distinguen asimismo el caballo criollo del árabe y andaluz.

Entre los caracteres de forma, son muy distintos especialmente los de la cabeza. En el árabe es esta más pequeña, el perfil recto, la frente plana, las aberturas de la nariz medianas y el pelaje corto y suave; el caballo criollo es cabezón, perfil acarnerado, frente abovedada, aberturas nasales grandes, labio superior más grueso y provisto á veces de un bigote aplastado de cerdas duras que se apartan á los costados. Este raro carácter se va perdiendo por la mestización, pero antes solía ser frecuente, siendo de notar que también se le encuentra en caballos salvajes de Asia y domésticos de Europa. El «Diccionario Universal de Serrano», dice á propósito de este raro detalle:

«*Tarpanes*, se llaman esos caballos de cabeza grande (del tamaño aproximadamente del asno), fuertemente acarnerada, con las orejas largas y el pelo recio en el hocico y alrededor de las ventanas de la nariz. Este carácter se reproduce en muchos caballos

¹ «C. A. Piétrement. Les Chevaux dans les temps préhistoriques et historiques», pág. 26.

domésticos de la Ukrania; y también los hay polacos de gran mérito, muy finos y de cabeza ligera, que en su labio superior tienen, sin embargo, un verdadero bigote, con la misma división y forma que el del hombre.»

La uniformidad del color del pelaje es otro carácter importante, pero, si queremos aplicarlo al caballo criollo, debemos remontarnos á la época de la conquista para encontrar esa igualdad de tinte que reviste carácter de raza.

Según los técnicos en materia caballar, el color castaño es el típico de la especie en estado salvaje. Este color natural se pierde por la domesticidad al cabo de muchas sucesiones y tarda mucho mayor tiempo todavía en volver á reaparecer si se deja los caballos en libertad. Y esta es cuestión de siglos y no de años, si se quiere encontrar una completa uniformidad de color no sólo en el individuo sino también en el rebaño, pues el atavismo produce sorpresas inesperadas si no se ha dejado al tiempo el espacio necesario para producir por completo la evolución.

Los caballos traídos al Nuevo Mundo por los españoles, carecían de uniformidad en el color, predominando los pelajes de tintes claros. En la obra de Bernal Díaz¹, encontramos la lista de los diez y seis caballos que llevó Hernán Cortés á la conquista de México; transcribo la original de la edición española, y la que trae la traducción francesa de Jourdanet, que es la que emplea Piétrement en su interesante libro.

	Edición española		Edición francesa
Pelo obscuro uniforme	Obscuro	1	Negro
	Zaino	1	Zaino
	Castaño puro	1	Castaño
	» obscuro	3	Bayo obscuro
	Alazán	1	Alazán
Pelo claro compuesto	Castaño claro	4	Bayo claro
	Rusio (tordillo) ²	3	Gris
	Overo	2	Overo
	Total:	16	

¹ Bernal Díaz del Castillo. «Historia verdadera de la conquista de la Nueva España.»

² «Rusio. Color pardo claro, blanquecino ó canoso. Aplicanse á las bestias caballares—*Rusius*, rodado. El caballo tordo, cuando sobre su piel aparecen á la vista ciertas ondas ó ruedas formadas de su pelo». («Dic. de la Acad. Esp., 1622. Edición abreviada de González Arnao. 1826.»)

Como se ve, sobre un total de diez y seis caballos, casi las dos terceras partes son de color claro y en tintes ó pelajes compuestos, bayos (castaños claros), overos y tordillos¹.

No sabemos el color de los caballos que trajo Mendoza, pero, como el punto de embarque de las expediciones era más ó menos el mismo y la época también muy aproximada, debemos pensar que ha existido la misma proporción en el pelaje de éstos que en los de Cortés, ya que el color claro era muy abundante en el caballo español de esa época.

El caballo salvaje de nuestras pampas ha sido de color obscuro uniforme predominando el castaño: color natural de la especie salvaje. Azara dice con este motivo²:

«Entre las muchas cimarronadas que me han pasado por delante, no he visto otro color sino el *castaño* que en algunos baja á zaino y en otros se acerca á alazán; y cuando se ve uno bayo, pío, tordillo ó de otro tinte, ya se sabe que fué domado y se escapó.»

Teniendo en cuenta que el caballo salvaje es de color castaño uniforme y sin manchas, y que los domésticos de otros pelos si recobran su libertad necesitan varias generaciones y muchísimos años para evolucionar y adquirir su color natural, es claro que la uniformidad indicada por Azara, es un signo del estado netamente salvaje de los caballos que él vió; y téngase en cuenta que no fueron pocos, pues en la página 204 del mismo libro, dice: «Los caballos cimarrones viven en tropas de 12.000 individuos».

Siendo el *pelaje compuesto*, la mezcla de pelos de diversos colores, ó el distinto tinte sobre cada mancha de la piel y hallándose estos animales en plena libertad sin que nadie se ocupara en su selección, claro es que hubieran continuado multiplicándose en iguales condiciones (overos, ruanos, tordillos, etc.), siendo necesario muchos siglos para que recobraran la uniformidad de color del pelaje en estado salvaje; color y uniformidad que no tienen

¹ No sólo Piétrement y Jourdanet llaman *bayos* á los caballos de color castaño; hay también naturalistas españoles que hacen otro tanto. En la obra de Vilanova y Piera («La Creación» Tomo II, pág. 23), se indican cuatro pelajes de *tinte uniforme*: blanco, negro, alazán y bayo; este último de siete tonos, desde el bayo dorado al bayo castaño obscuro.

Los pelajes de *tinte compuesto* son tres: gris, rodado y overo. Al primero pertenecen el tordillo y el *castaño claro*; al segundo el rosillo, y al tercero los overos rojos ó rosados y los overos negros.

² Azara. «Apuntamientos para la Historia Natural», etc. T. II pág. 211.

nuestros caballos (potros y yeguas de campo) que han vivido semisalvajes y se crían en estado libre. Estos caballos descienden de los *cimarrones* de color uniforme de que habla Azara, pero bastó el cruzamiento con los padrillos de tinte compuesto que trajo Garay en 1580, para que á pesar de los 330 años transcurridos y de su vida libre en nuestros campos, no tomen el color uniforme de los caballos originarios de la pampa, siendo de notar que á mediados del siglo pasado, cuando existían en nuestras estancias grandes yeguas semisalvajes, eran más abundantes los animales overos y de colores claros; lo que indicaría que para obtener la uniformidad del pelaje ha podido más medio siglo de cruzamiento con padrillos importados de color uniforme que tres siglos de estado salvaje sin selección.

Por consiguiente, á no existir aquí el caballo originario, no hubiera visto Azara las *cimarronadas* de color *castaño* que vió, pues los caballos de Mendoza ó de Garay, no hubieran producido sino pelajes compuestos, de color claro en su mayoría y con la diversidad de tintes que hemos visto. pues por su origen, atavismo y domesticidad, no hubieran producido otra cosa.

Estos antecedentes nos traen á las siguientes conclusiones:

1.º La unión de la América del Sur y el Africa durante los períodos cretáceo, eoceno y parte del mioceno, y su separación de los demás continentes, ha permitido que los Hipoideos antecesores de los Equidos se desarrollaran y evolucionaran en este gran continente austral antes de pasar á Eurasia.

2.º La transición entre los Hiracoideos y los Hipoideos se ha efectuado en la América del Sur con un eslabonamiento perfecto. Entre los Hipoideos existe igual encadenamiento desde *Hippaplus* y *Onohippidion*, tipos de una conformación muy primitiva. La transición entre los géneros *Onohippidion*, *Hippidion* y *Equus rectidens* es perfecta, presentando estos tres últimos un visible acortamiento de los huesos estiloides.

3.º El caballo *criollo* presenta mayor acortamiento y mucha semejanza con *Hippidion* por la compresión lateral de los metatarsos principales.

Ese detalle anatómico de perfeccionamiento y la imposibilidad geológica de que los precursores del caballo sudamericano pasaran á Eurasia antes de haber evolucionado aquí rápidamente aprovechando las ventajas favorables del clima, hace que el caballo *criollo* sea el más antiguo por su abolengo y el más moderno por su perfección anatómica.

4.º Siendo de varios pelajes los caballos importados por los conquistadores, predominando los colores claros, manchados ó compuestos, no era posible que con este carácter de raza, bajo la domesticidad y sin una selección continua de padrillos exclusivamente oscuros, produjeran las inmensas manadas ó tropas de color *castaño* uniforme que vió Azara.

CAPÍTULO IV.

TESTIMONIOS ARQUEOLÓGICOS É HISTÓRICOS.

Los testimonios arqueológicos serían innumerables, si al establecer la edad de los objetos hallados, no se hubiera partido de una base errónea: los caballos de Mendoza. De esto resulta que al hacer un hallazgo arqueológico, por más antiguo que sea, en cuanto aparece un hueso de caballo, un dibujo, ó un objeto cualquiera que indique este animal, se clasifica el hallazgo como posterior á la conquista del Río de la Plata.

Es sobre estos prejuicios que debo producir prueba de la antigüedad del caballo con documentación arqueológica y, dado lo difícil del asunto, no será de extrañar la pobreza del material que presente.

El primero (según mi conocimiento) que al hacer un descubrimiento arqueológico, se 'haya apercibido de la existencia del caballo precolombiano, fué el Dr. F. Ameghino.

Próximo al río Luján, sobre la falda de la barranca de «Cañada de Rocha», encontró á unos tres metros de profundidad del nivel actual de la pampa, unos antiguos pozos llenos de cenizas, huesos partidos y quemados, alfarería indígena y objetos de industria lítica que indicaban claramente ser aquellos los fogones de un antiguo «paradero indígena» netamente precolombiano. La presencia de huesos de *Paleolama mesolithica* y *Cervus mesolithicus*, animales de especies extinguidas, los comprobaban plenamente, así como la presencia de huesos de *Auchenia huanaco* y *Cervus campestris*, demostraba también una época relativamente moderna.

Mezclados á estos huesos y demás objetos, se encontró dientes y restos de un pie de potro joven, perfectamente conservado. Este

hallazgo en un terreno tan moderno, cuando se suponía ya extinguido el último caballo del terciario (*Equus reitidens*) en el pampeano superior, causó admiración al Dr. Ameghino y á su hermano D. Carlos, quien recuerda perfectamente todos los detalles del terreno y «paradero», así como los caracteres osteológicos típicamente modernos de aquellos restos de caballo que establecían sin lugar á dudas la existencia de este animal en una época muy reciente, pero anterior á la conquista. Así lo entendió el Dr. Ameghino; pero, sea que esperó obtener nuevos elementos para producir pruebas contra tantas opiniones contrarias, ó sea que su viaje á Europa lo distrajo en otras atenciones, el hecho fué que su descubrimiento quedó casi ignorado ¹.

Mas tarde, en posesión de otros elementos, el Dr. Ameghino inscribió interrogativamente el caballo argentino precolombiano en su trabajo sobre las «Formaciones sedimentarias», y al hacer la clasificación de las faunas de los distintos pisos, cuando llega al «reciente ó actual» en un paréntesis, dice: «(Los mamíferos importados por los europeos, quedan excluidos de esta lista)», y en ella al llegar á los Equídeos escribe: ¿ *Equus* ².

Se me dirá que esa cita del Dr. Ameghino encierra una duda; pero esa duda, vertida por la pluma de un sabio de su talla, vale más seguramente que el *parece* de Ruy Díaz, que ha mantenido por tres siglos la leyenda de los caballos de Mendoza.

Posteriormente el Dr. Ameghino no pareció ocuparse de este asunto, pero, tampoco lo echó al olvido, y en uno de sus últimos trabajos, aparecido en Abril de este año (1911), al establecer el origen de los Equídeos del Nuevo Mundo, dice de un modo claro y significativo:

«Entre los Perisodáctilos, es probable que los Tapires provengan de la América del Norte, pero, no es posible continuar creyendo que haya sucedido lo mismo con los caballos. Después del descubrimiento de los géneros *Parahipparion*, *Plagiohippus*, *Stereohippus*, etc., que presentan un número considerable de caracteres en un estado de desarrollo mucho más primitivo que los correspondientes en los Equídeos fósiles de la América del Norte, es indudable que los primeros no pueden descender de estos últimos.

¹ Comunicó, sin embargo, sus observaciones á algunos estudiantes de nuestra Escuela de Agronomía que se los pidieron para dar una conferencia sobre el caballo criollo.

² F. Ameghino.—«Les Formations sedimentaires», pág. 491. 1906.

Los Equídeos se cuentan por lo tanto, entre los mamíferos que han venido del Viejo Continente por la vía guayano-senegalense, y después se han bifurcado dirigiéndose los unos hacia el Norte y los otros hacia el Sur. Ellos aparecen en los Estados Unidos de la América del Norte y en la Argentina, poco más ó menos hacia la misma época»¹.

Esta declaración establece definitivamente lo que ya se ha dicho en el Capítulo II; que el caballo americano pasó primero del África á la América del Sur y más tarde, cuando se unieron ambas Américas, pasó á la del Norte; y si allí ha podido conservarse en estado salvaje desde antes de la conquista, el buey en las llanuras (Bisonte) y el carnero en las Montañas Pedregosas (Bighorn) ¿por qué no conservarse allí y aquí el caballo al mismo tiempo que ellos?

La «Nota suplementaria» del Dr. Ameghino, establece la base de una aclaración de gran importancia paleontológica que la parca despiadada ha interrumpido, pero la anotación de ese antecedente será la piedra angular de la verdad sobre la existencia del caballo precolombiano en América.

A principios de 1902 fué descubierta en los Valles Calchaquíes de la Provincia de Salta, una tumba antigua. Entre los restos y objetos de oro, bronce, alfarería, etc., se encontró «una muela de caballo, actual», la que vino á producir un conflicto al fijar la edad de aquella tumba.

El Dr. Juan B. Ambrosetti, que estudió y describió los objetos de este sepulcro, dice á propósito de la «edad probable de esta sepultura»¹

«Nos resta ahora discutir este punto importante, tanto más que entre los hallazgos, aparece una muela de caballo actual.

«Aunque mucho dudo de que se haya observado bien, si esta muela estaba dentro de la sepultura de un modo en que no cupiese la menor duda de que ella no hubiera caído posteriormente en la misma de un modo accidental ó mezclada con la tierra removida en el momento de la excavación.

¹ «L'Âge des formations sédimentaires et tertiaires de l'Argentine, en relation avec l'antiquité de l'homme»—Note supplémentaire, par F. Ameghino, en Anales del Museo Nacional de Buenos Aires. 1911.

² J. B. Ambrosetti. «El sepulcro de «La Paya», en Anales del Museo Nacional de Buenos Aires. 1902.

«Quiero suponer lo primero, esto es, que la muela en cuestión fué sepultada junto á sus antiguos dueños como un objeto curioso de su propiedad.

«Aceptado esto, y como el caballo que nosotros conocemos fué introducido por los españoles, tendríamos que esta tumba es contemporánea de la época de la conquista; pero, aun así, debemos convenir que fué de muy al principio de la misma.

«Las razones en que me fundo, son las siguientes:

«Esos indios no debían tener ningún trato con los españoles, porque á ser así, no habrían podido conservar los objetos de oro ¹, que aquéllos tanto ambicionaban. Aun más, éstos deben haber muerto mucho antes de la entrada de los cristianos á Calchaquí, pues de lo contrario no habría sido difícil que éstos no hubiesen saqueado esta sepultura como lo hicieron con tantas otras, en el afán de extraer el renombrado oro de las huacas.

«La ausencia por otra parte de las cuentas de vidrio tan comunes en las tumbas mas modernas de la región de Jocabil, y que los españoles cambiaban frecuentemente con los indios por objetos de oro y bastimentos de toda especie, prueban más mi tesis, pues no es posible que caciques ó gente principal como eran los muertos que nos ocupan, no tuvieran por lo menos un collar de estas cuentas tan apreciadas por ellos».

Establecida así la antigüedad indiscutible de aquella tumba como anterior á la conquista de esa parte del territorio por los españoles, el Dr. Ambrosetti, colocándose en un término medio, fija la edad de aquel sepulcro entre la época de la expedición de Almagro en 1536 y la entrada de Diego de Rojas en 1543, suponiendo que aquella muela de caballo pudo pertenecer al que perdió Almagro en la batalla de Chicoana ó á otros que murieron en tan desastrosa travesía, y dice:

«Por esto, aceptando la autenticidad del hecho de la muela del caballo, como hallada dentro de la tumba en compañía de los demás restos y objetos, debe suponerse su fecha probable entre aquellos años; *aunque soy de opinión que son mucho más antiguos*».

Me permito subrayar estas palabras que expresan la sincera opinión del observador en su convicción íntima. El Dr. Ambrosetti, como el Dr. Ameghino y como todos, se detuvo ante una tradición que, hasta entonces, había sido aceptada sin beneficio de inventario.

¹ Casi cinco onzas ó sean 144 gramos más ó menos.

El Sr. Carlos Burmeister, en la Revista del Museo de la Plata ¹, describe la quebrada de Yaten Huajen, profunda garganta de treinta metros de ancho, con un pequeño arroyo y diez cuadras de buen pasto en su parte principal, que luego se encajona y estrecha entre altos murallones de basalto. Allí existe una cueva natural, y en la pared de ésta, como en varios puntos de los altos murallones de la quebrada basáltica, se ven numerosas figuras cinceladas ó picadas de formas bien definidas, figurando rastros de avestruz y pluma, boleadoras, etc.

El naturalista Sr. Carlos Ameghino, que ha recorrido durante diez y ocho años la Patagonia haciendo estudios científicos, tuvo oportunidad de ver varias veces esa garganta y recuerda las figuras esculpidas en distintos puntos, entre las que hay algunas que representan la pisada del caballo, muchas de las cuales están grabadas en la piedra á más de diez metros del suelo, sobre la pared vertical de basalto.

¿Cómo pudieron los indios llegar á dibujarlas á esa altura?

La razón es única: el piso de ese cañadón está compuesto de aluviones sueltos mezclados con piedras del rodado tehuelche; las lluvias y el viento á través de los años han hecho descender ese piso dejando la muralla al descubierto, y los indios han podido ir grabando desde arriba á medida que el suelo descendía, las figuras que la cubren en distintos parajes.

¿Qué tiempo ha transcurrido en verificarse ese cambio?

Imposible es calcularlo; pero siendo el declive poco sensible, los aluviones bastante firmes y contenidos por las raíces fibrosas de las gramíneas, la denudación ha sido muy lenta y denuncia varios centenares de años.

Es de advertir que muchas figuras se hallan al nivel del suelo y aun más abajo, lo que indica que el cañadón ha sido más profundo y vuelve á rellenarse. Este nuevo proceso que se realiza en sentido contrario al anterior, también debe tenerse en cuenta por el espacio de tiempo que reviste.

¹ Carlos V. Burmeister. Nuevos datos sobre el territorio patagónico de Santa Cruz, en Revista del Museo de la Plata. Tomo IV.

El señor Carlos Bruch, naturalista viajero del Museo de La Plata cita en la misma revista la piedra pintada de «Vaca Mala» y las figuras esculpidas en una cueva natural en Junín de los Andes ¹. Las figuras de la primera son grabadas y luego pintadas con ocre rojo y amarillo, y las segundas esculpidas sobre la piedra, solamente. Entre esos dibujos hay dos que figuran la impresión de la pisada del caballo, «lo que permite atribuir á los grabados de estas huellas, dice el señor Bruch, un origen postcolombiano relativamente reciente».

En el paraje denominado Seketemaik, en las nacientes del río Sehnen, existe una alta piedra monolítica de arenisca en la cual los indios han grabado hábilmente huellas de la pisada del avestruz y del caballo. Es de notar que, casi siempre, cuando existen las unas se encuentran también las otras, como siendo los animales más estimados del indígena, por sobre el guanaco y el ciervo. El señor Carlos Ameghino que vió estas figuras notó también, que las pisadas de caballo indicaban un animal de pie pequeño como la mula y análogo en su forma á las uñas de *Onohippidion* hallados en la cueva de Ultima Esperanza, á que me he referido en el Capítulo II.

Todas estas figuras y otras muchas semejantes que se encuentran en las serranías patagónicas, han sido observadas por el Sr. Ameghino y otros viajeros y exploradores que no han podido menos de sorprenderse del hallazgo por la antigüedad que denotan.

Otro dato arqueológico de importancia lo constituyen las piedras de «boleadora», cuando por su peso y tamaño indican claramente que han sido destinadas á un animal corpulento y fuerte como el caballo. Me explicaré brevemente:

Con el nombre de «bola perdida», «bolas» y «boleadora», se designan tres cosas distintas aunque parecidas. No conozco los nombres con que antiguamente se distinguían, pero, á mediados del siglo pasado se designaba con el nombre de «bola perdida», la que se componía de una bola de piedra unida á una cuerda de

¹ «La piedra pintada del Arroyo Vaca Mala y las esculturas de la cueva de Junín de los Andes. (Territorio del Neuquen)» por Carlos Bruch.—Revista del Museo de La Plata.—Tomo X.

cuero crudo de un metro más ó menos, que sujeta al puño por el extremo libre, permitía golpear ó castigar á esta distancia, ó ser

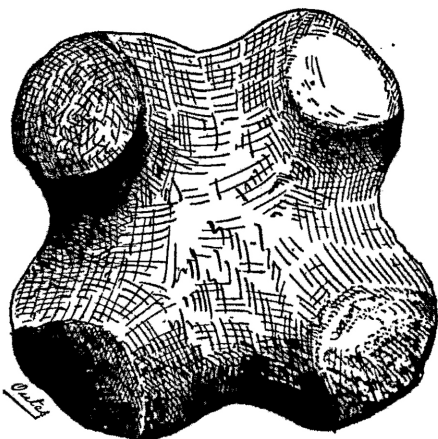


Fig. 10. «Bola perdida», tipo muy primitivo. 6 8.

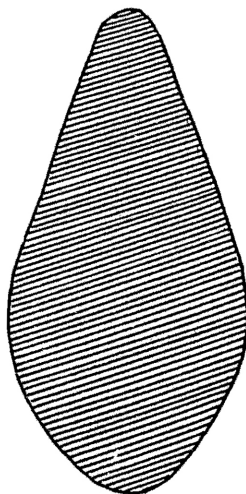


Fig. 11. «Manija», ovicónica de tipo moderno.

lanzada á lo lejos como la piedra de honda. Este formidable rompecabeza, era un arma y no un lazo ¹

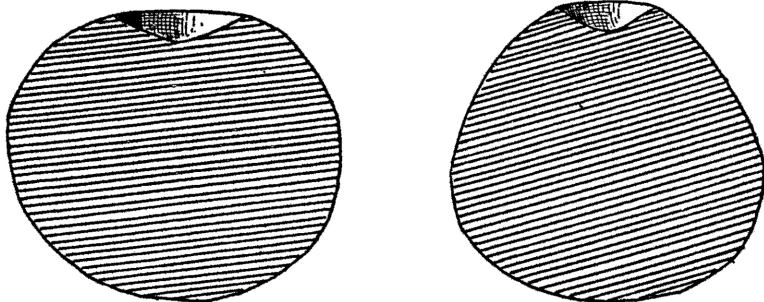


Fig. 12. «Manijas» esférica y periforme, de tipo moderno.

Las «bolas», llamada también «boleadora avestruquera», se componía de dos piedras, una mayor que otra (la *manija*), unidas

¹ Según el Dr. Moreno, los Tehuelches llaman á la «bola perdida», *Calkem*; la «boleadora» de dos piedras, *Shoma*; y la de tres, *Yactshico*.

por una cuerda de una braza de largo; esta arma destinada á detener al guanaco y avestruz, se arrojaba al cuello de esos animales como punto más vulnerable y sensible pues el modo de correr del guanaco hace muy difícil que la «bola» se enrede y le detenga ¹.

La «boleadora», destinada exclusivamente al caballo, se compone de tres piedras ó «bolas», dos del mismo peso y tamaño y una más pequeña: la «manija», fijadas á tres cuerdas que se unen por el extremo libre en forma de Y.

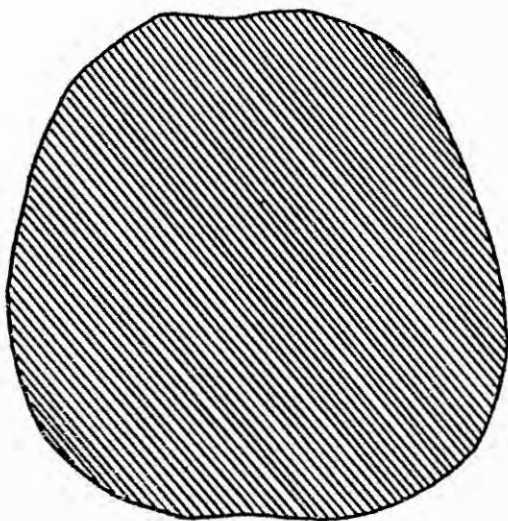


Fig. 18. Piedra de «boleadora», irregular, muy primitiva, tam. nat.

Las bolas de piedra con que se fabricaba esta arma, eran mayores de las que se empleaban para el guanaco y para el avestruz, siendo para el caballo de un diámetro de 5 á 7 centímetros; para el guanaco, de 4 á 5, y para el avestruz de 3 á 4. El peso estaba en relación con el tamaño y clase de la piedra, siendo el material empleado de preferencia el granito en la región central y norte; granito y traquita al Oeste; granito y basalto al Sur. Ha-

¹ El guanaco y el avestruz, al sentir el cuello envuelto en aquel collar inesperado, se detiene, agacha la cabeza y gira tratando de libertarse, lo que permite al cazador aproximarse y rematarlo. Creo inútil decir que la destreza del indio y del gancho, hace que utilice las «bolas» de dos piedras contra el caballo y la «boleadora» de tres contra el guanaco, aunque con éxito dudoso.

bía, también, pero en menor cantidad, «bolas» de cuarcita, arenisca, diorita, etc. Todas estas piedras se han empleado hasta nuestros días con el mismo objeto, aunque disminuyendo el tamaño y el peso para no «quebrar» los caballos, pues si antes el indio cazaba para matar y comer, más tarde el indio como el cristiano cazaba para utilizar el caballo en su servicio.

Las regiones en que se encuentran piedras de «boleadora», indican claramente la existencia del caballo; habiendo pasado algunas á localidades próximas (como los valles andinos) sea porque ese animal llegó en grupos pequeños hasta allí, ó porque los in-

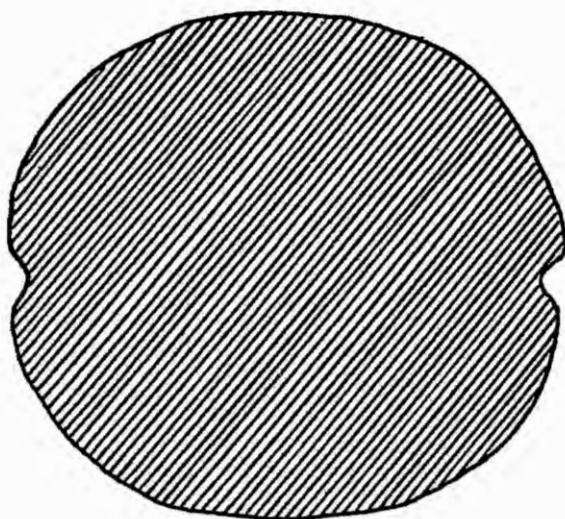


Fig. 14. Piedra de «bola perdida», antigua, de gran tamaño, con surco ecuatorial.

dios de esos parajes hacían expediciones temporarias á las llanuras y valles en que el caballo se presentaba.

Esas regiones ocupan una enorme extensión, pues comprenden en su límite Norte toda la Pampa y parte de las provincias de Mendoza, San Luis, Córdoba y Santa Fe; toda la provincia de Buenos Aires, la República Oriental y parte del Estado de Río Grande (Brasil); al Oeste tiene por límite la Cordillera de los Andes y al Sur ocupa todos los territorios de la Patagonia hasta el estrecho de Magallanes. En toda esa enorme superficie ha vivido el caballo libremente, pero el punto en que debe haber sido

más abundante, es seguramente la pampa entre los ríos Salado y Colorado, por ser región muy regada por ríos, arroyos y lagunas de agua dulce y libre de bosques, serranías y costas acantiladas y medanosas, en que podían ocultarse sus formidables enemigos de raza humana y felina.

La presencia de piedras de «boleadora» en las regiones mencionadas, son un testimonio valioso de la existencia del caballo desde épocas muy remotas. Estas épocas pueden señalarse por el vo-

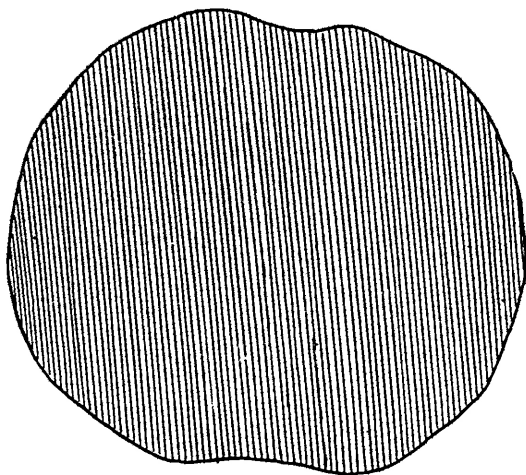


Fig. 15. Piedra de «bola perdida» antigua: 1 2 del t. n. Peso 2.700 gram.

lumen y peso de las piedras ó «bolas», que han ido disminuyendo al mismo tiempo que se perfeccionaban en forma y construcción mejorando sus condiciones de arma arrojadiza.

Entre las más antiguas de estas «bolas», se indican por sí mismas las que tienen forma irregular y están surcadas alrededor en círculo ecuatorial por una sensible canaleta destinada á recibir la cuerda (de cuero crudo, previamente mojado para que se adhiriera más fuertemente) que debía servir de lazo de unión con la manija ó con otra «bola». Estas piedras son las mayores que conocemos y su gran peso, forma irregular y simplicidad en el modo de asegurar la cuerda, indican una época muy antigua. Algunas de ellas,

tienen además del surco ecuatorial, otros dos en líneas meridianas que dividen la «bola» en ocho segmentos¹.

A estas «bolas» siguieron otras más livianas, esféricas y sin surco para fijar la cuerda. Con ellas empieza la «bola» forrada ó *retobada* en cuero crudo y tal vez, la «boleadora» de tres cuerdas, dos de ellas terminadas en piedras de igual peso y volumen y la tercera en una más pequeña: la «manija». Esta última suele ser de forma alargada, ovicónica ó periforme y á veces con una pe-

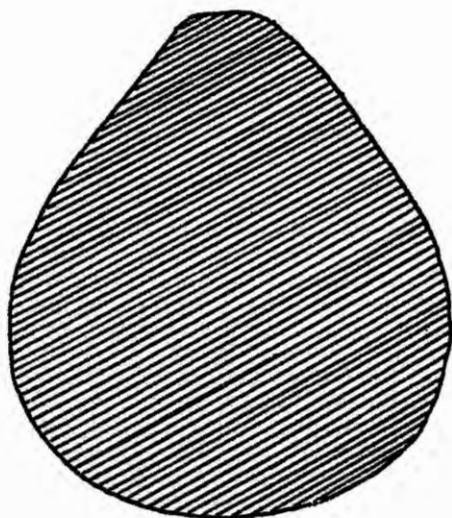


Fig. 16. Piedra de «bola» ó «boleadora», moderna, tam. nat. Tipo periforme.

queña depresión ú ombligo en uno de sus polos, destinado á hacer más pequeña la unión del *retobo* con la correa.

La «bola» ó boleadora para guanaco y avestruz que se encuentra en las serranías del Oeste y del Norte, hasta Bolivia, es más liviana y las piedras tienen una forma alargada, oblonga ó elipsoidal, propia para ser arrojada á larga distancia por el indígena

¹ En distintos puntos de la Patagonia, especialmente cerca de los lagos Colhué-Huapi y Musters, se han hallado «bolas» de estos dos tipos, que miden 120 á 145 mm. de diámetro con un peso de 2.300 á 2.700 gramos! Es la primitiva «bola perdida» á que me he referido antes.

que oculto entre las rocas ó los arbustos cerca de las aguadas esperaba la aproximación de la presa.

Considerando todos estos antecedentes y otros que no menciono por no ser más extenso, se llega á la conclusión de que la «boleadora» está íntimamente ligada á la presencia del caballo en esos parajes, pues como la primera por su peso, longitud y grosor proporcional de la cuerda no ha podido servir sino para cazar el caballo, se deduce que donde se encuentren piedras de esa clase ha sido región habitada por éste ó muy próxima.

Los indios de las pampas argentinas, costa oriental del Uruguay, y parte de Río Grande, cazaban el caballo, según lo comprueban los hallazgos de restos precolombianos de ese animal y las piedras de «boleadora» á que hemos hecho referencia.

Próximo al lugar donde existían esos indios no había caballos, porque éstos huían del hombre: su enemigo. Por eso los españoles no vieron caballos donde vivían los Charrúas, Guaranís, Querandís, Puelches y Araucanos, y si los vieron se olvidaron de mencionarlos, como olvidaron de hacerlo con otros animales más notables y extraños ¹.

Molestados los Querandís de la costas de Buenos Aires por los conquistadores, que á pesar de sus desastres no dejaron de frecuentar estos parajes con el tránsito de sus buques, emigraron más al Norte dejando en sus antiguos «paraderos» algunos pequeños grupos que ya no dieron tanto que hacer á los españoles que vinieron después.

Esta circunstancia permitió á los caballos de la pampa aproximarse á la costa, donde más tarde la presencia de las yeguas y caballos traídos por los criollos de Garay, fué señuelo suficiente para atraerlos á una vecindad que les agradaba; y si alguna vez desaparecía un miembro de la tropilla *cimarrona*, por lo menos contestaba de lejos al relincho de sus compañeros, cosa que no sucedía cuando caía en manos de los indios.

El hecho de que los primeros conquistadores no mencionen el caballo salvaje, no significa que éste no existiera. Esos animales, suspicaces y ariscos por la persecución del indio, olfateaban ó presentían la aproximación del hombre huyendo inmediatamente. Por eso es que Garay y sus compañeros que venían sabiendo

¹ *Querandí*, según Outes, quiere decir: «posee grasa», es decir: «dueños de grasa». Schmidel señala á estos indios como dueños de mucha grasa de *pescado*. ¿No sería de *potro*, tan apreciada por los Pampas?

por los indios que existían caballos cerca de Buenos Aires, no los vieron hasta después de Junio de 1531, es decir, cuando ya hacía más de un año que recorrían las cercanías. En cambio los navegantes los mencionan, vistos desde á bordo á la distancia, ya como «grandes montañas» (Rivadeneira), ó haciendo otros fantásticos relatos.

El primer dato histórico que tenemos de la existencia del caballo en América nos lo da el m. s. chino de la «Conquista del Fusang» (América), en que dice que los aborígenes del Nuevo Mundo poseían *caballos* y bueyes domésticos. El segundo lo constituye el mapa de Sebastián Caboto, de 1533?, antes de la venida de Mendoza y del paso de Almagro á la conquista de Chile.

En este mapa el audaz navegante ha dibujado en su centro un caballo salvaje, junto con otros animales genuinamente americanos, de los cuales tal vez tuvo noticias en su viaje al Río de la Plata y Paraguay en 1527-30.

En 1578 el célebre navegante y corsario inglés, Francis Drake, efectuó el entonces temido pasaje del estrecho de Magallanes, en diez y siete días. A pesar de lo rápido del paso en aquellas aguas turbulentas; el capellán de la armada, Fletcher, no dejó de hacer algunas observaciones importantes que dejó escritas, y en una de ellas dice:

«Con todo esto, son muy fértiles las playas, el pasto es verde y abundante, se ven muchos y gordos animales de formas extrañas, y la mayor parte de los árboles es siempre verde¹».

Pedro Sarmiento de Gamboa en su viaje á los mismos parajes en 1580, dice en la página 95,² que supone había por allí «antas y venados: no los vimos, sino el rastro y huesos grandes».

Estos *huesos* y los *múchos animales gordos* de que habla Fletcher, pueden indicar caballos que por estar lejos y en el pastizal no se distinguían bien; pero, las *pisadas de anta* y las *formas extrañas*, denotan otro animal que bien pudo ser el *Neomylodon*, se-

¹ «Apuntes históricos sobre la Patagonia y la Tierra del Fuego, por Arturo Sellstrang», en «Boletín del Instituto Geográfico Argentino».—Tomo III. 1882.

² Pedro Sarmiento de Gamboa. «Viaje a l estrecho de Magallanes».

gún piensa Ameghino, aunque no me parece que estos animales anduvieran en tropillas ó mucha cantidad.

Entre una cosa ú otra, puede elegir el lector.

El Sr. Alcides Mercerat, viajero y paleontólogo, recoge otra importante cita del capitán Sarmiento de Gamboa, y dice en su trabajo sobre Patagonia ¹.

«Me limitaré, para concluir, á señalar la presencia de los caballos salvajes ó baguales en la Cordillera. Es un caballo de estatura un poco menor que el caballo que vive actualmente en la Pampa, y su color es invariablemente del color conocido por *rosillo*. De las tradiciones de los indios parece resultar que este caballo ha existido siempre en la cordillera y que, por consiguiente, nunca se ha extinguido este animal en el suelo sudamericano.»

Más adelante agrega:

«Nos enseña la historia que el caballo ha sido introducido en Sud-América por los españoles. También nos enseña que Sarmiento, mandado en 1579 del Callao en busca de Drake, en el estrecho de Magallanes, vió á los indios cazando montados en caballos y haciendo uso de boleadoras. No habrían transcurrido, pues, cincuenta años desde que los españoles desembarcaron con caballos en el Río de la Plata. ¿Puede admitirse que, no solamente se ha propagado el caballo en un espacio de tiempo tan corto, desde el Río de la Plata hasta el estrecho de Magallanes, sino que, en un espacio de tiempo todavía mucho más corto, el indio ha adoptado un modo de cazar que no puede practicarse sino por hombres muy acostumbrados al caballo, después de largos años de ejercicios, cambiando el arco y las flechas por las boleadoras? Soy de parecer que no puede admitirse.»

Estoy completamente de acuerdo con esta opinión, tan valientemente emitida por el Sr. Mercerat.

No debo terminar mis reflexiones sin tocar un argumento muy empleado por los que aceptan la idea de que nuestro caballo es de origen importado.

¹ Alcides Mercerat. «Un Viaje de exploración en la Patagonia Austral».

«Nuestros indios, dicen, no tienen en su lenguaje un vocablo propio para designar al caballo y se sirven del nombre castellano mal pronunciado: le llaman *cawal*, exactamente como los persas.»

Esto quiere decir, que no se admite la posible casualidad de que el nombre indio se parezca lejanamente al castellano, pero se admite sin extrañeza que sea idéntico al persa!

Esta renuncia del idioma original por el exótico, la encuentro también en un libro español de historia natural en un párrafo que dice: «la filología nos enseña que los diversos nombres aplicados al caballo en las lenguas del Occidente, derivan todas del zend y del sandscrito, ó sea, de las lenguas del Asia Central; y por lo tanto, de aquel antiguo foco de la civilización es de donde procede la especie, así como los nombres con que se la designa todavía».

Esto nos traería á la conclusión, bien ingrata por cierto, de que en Europa había desaparecido totalmente, hasta en el recuerdo y la leyenda, el caballo originario que acompañó al hombre (como creen desapareció el nuestro), y que olvidando hasta el nombre con que designaban las figuras de este animal esculpidas en las rocas y en huesos por sus abuelos, no encontraron en su propio idioma un nombre para designarlo y recurrieron al *cawal* persa de donde, sin duda se derivan el *cauallo* itálico, el *cheval* francés y el *caballo* español ¹; siendo necesario recurrir á otros vocablos para derivar el *horse* anglosajón y *pferd* alemán ².

Estos derivados del persa en los poderosos pueblos latinos, antiguamente los más adelantados de Europa, tienen que haberse implantado después de la colonización griega que llamaba *hippos* al caballo, y después de la dominación romana que le llamaba *equus*, cuando los idiomas nacionales reemplazaron al latín, en el habla y en la escritura ³. Y si esos pueblos tan adelantados, olvidaron el nombre griego ó latino para darle un derivado de una lengua extraña ¿por qué no admitir que nuestros indios hayan hecho otro tanto?

No es mi ánimo inclinarme á esta deducción, que lógicamente sería aceptable, porque creo que el indio sudamericano ha tenido una voz propia para designar al caballo, la que ha sido mal escrita

¹ Menos el vasco, que le llama *Zaldia*.

² Según Nehring y Zittel, el caballo no se extinguió en Europa y de él descienden las razas pesadas, mientras que las pequeñas y livianas tienen por origen «el caballo diluviano asiático».

³ La voz latina, *caballus*, designaba puramente al caballo de carga. Era voz secundaria, poco empleada.

desde su comienzo á causa de haber sido mal interpretado su sonido por los viajeros extranjeros que al pasar, han recogido vocabularios indígenas.

Como comprobante de esto último, me atengo á lo que dice el Sr. Outes en su interesante estudio sobre idioma de los patagones¹:

«Entre la época en que Pigafetta recogió el vocabulario que incluye en su obra y el año en que Viedma coleccionaba la serie de palabras añadidas á su informe de viaje, median más de dos y medio siglos. Semejante espacio de tiempo permitiría suponer que el idioma de los indígenas australes, comparado con el que hablaban á mediados del siglo XIX, sufrió variantes profundas. No obstante la evolución experimentada, ésta no fué fundamental, pues gran número de palabras subsistieron y se conservaron con una pureza perfecta. Las diferencias substanciales que se notan, quizá tengan por causa la ignorancia de los colectores de vocabularios, cuya falta de práctica produciría errores en la transcripción de las palabras de pronunciación difícil.»

A continuación presenta un cuadro comparativo de cinco palabras (nombres) recogidas por once viajeros y exploradores, y en ellas encontramos tres que tienen variantes sensibles de interpretación del sonido vocal y dos que denotan modificación en el lenguaje: la palabra *mano* está escrita de ocho modos distintos, y *sol* de once; es decir, que los once viajeros la han escrito de modo diferente, siendo de advertir que sólo una vez se emplea la *w* por el alemán von Martius, que escribe *Schwim* donde Moreno dice *Shehuen* é Ibar Sierra escribe *Kaniguen*. La *w* es muy usada por los alemanes y eslavos que hacen de ella *v* ó *vu*, pero muy poco por el indio que pronuncia *hu* ó *gu*, como lo interpretamos nosotros; por eso creo, que el pretendido *cawal* debe entenderse *cahual* ó *cagual*. Más adelante veremos la importancia de este pequeño detalle².

¹ Félix F. Outes. «La Edad de Piedra en Patagonia». Cap. IV, en «Anales del Museo Nacional.» Tomo V. 1905.

Autor	Ojos	Nariz	Diente	Mano	Sol
Pigafetta (1520)	<i>Oter</i>	<i>Or</i>	<i>For</i>	<i>Chene</i>	<i>Calexchen</i>
Viedma (1780-81)	<i>Gotal</i>	—	<i>Cor</i>	—	<i>Sden</i>
M. S. Brit. Museum	<i>Gosel</i>	—	<i>Jor ó Kor</i>	<i>Jan</i>	<i>Kora</i>
» » » II	<i>Gotel</i>	<i>O'</i>	<i>Kurr</i>	<i>Ore</i>	<i>Kokana</i>
D'Orbigny (1829)	<i>Guter</i>	—	—	<i>Chene</i>	<i>Chuina</i>
Cox (1862-1863)	<i>Otel</i>	<i>Or</i>	<i>Hor</i>	<i>Jitchen</i>	<i>Soorken</i>
Martins (1863)	<i>Gottel</i>	<i>Oo</i>	<i>Curr</i>	<i>Ore Fan</i>	<i>Shwim</i>
Schmid (1863)	<i>Oil</i>	<i>Or</i>	<i>Hor</i>	<i>Kisen</i>	<i>Kenikenken</i>
Musters (1869-70)	<i>Oil</i>	<i>Tchal</i>	<i>Oer</i>	<i>Twic'r</i>	<i>Gengeneo</i>
Moreno (1876-77)	<i>Otell</i>	<i>Urr</i>	<i>Orr ó Urr</i>	<i>K'chen</i>	<i>Shehen ó Shehuen'a</i>
Ibar Sierra (1877)	<i>Cheer</i>	<i>Hor</i>	<i>Hor</i>	<i>Tchen</i>	<i>Kaniguen</i>

Todo esto demuestra que no es tarea fácil interpretar y escribir las palabras de los indios de la pampa y Patagonia, sin un estudio largo y profundo de los sonidos vocales que sólo se adquiere por la costumbre de oírlos y pronunciarlos, mediante una continua estadía entre ellos.

Por mi parte he deseado obtener del modo más exacto posible los nombres con que los indios designan al caballo y para eso me he dirigido al Sr. Carlos Ameghino, quien ha vivido diez y ocho años en la Patagonia, frecuentando las tribus desde 1887 á 1903, cuando ellas estaban alejadas de toda civilización.

Según el Sr. Ameghino, los indios Pampas¹ llaman al caballo *Kahualk*, y los Tehuelches *Kaahuel*. Los indios Araucanos le llaman *Kahuello*, que es el más aproximado al nombre castellano, pero á la yegua la llaman *Auca* y al potro salvaje *Castá*, nombres genuinamente indígenas con que han designado antiguamente aquellos animales, dando tal vez, más tarde el de *Kahuello*, al caballo domesticado.

Esto parecería robustecer la tesis del derivado castellano, pero sucede todo lo contrario pues hay una constancia histórica de que los españoles y criollos que vinieron con Garay dieron nombre á los caballos salvajes de acuerdo con el que les daban los indios Pampas, sus vecinos más próximos.

Azara dice á este respecto:

«Ya en aquellos tiempos la apellidaban como hoy *alzada* ó *cimarrona*; pero habiéndole impuesto los indios bárbaros *Querandis*, llamados ahora Pampas, el nombre de *Bagüalada*, lo han adoptado también estos españoles².»

Este importante dato histórico nos demuestra que los indios tenían en su idioma, voces para designar al caballo salvaje llamándole *Cahual*, *Cagual* ó *Bagual*, sin que á través de más de tres siglos se pueda indicar con precisión cuál es la primitiva y auténtica, aunque me inclino á aceptar la primera. Creo por todas estas consideraciones dejar demostrado, que ellas son equivalentes y que sólo un error de interpretación ha producido la diferencia³.

¹ (Guennaken).

² «Apuntes para la Historia Natural», etc. Tomo II, pág. 203.

³ El idioma tehuelche es tan rico en palabras que designan con voces propias objetos desconocidos antiguamente por ellos, como fusil, pólvora, etc.

¿Qué necesidad tenían entonces de adoptar la voz *caballo*?

CONCLUSIÓN

Supongamos por un instante que hubieran quedado en Buenos Aires las «cinco yeguas y siete caballos que, según Ruy Díaz, parece dejaron los conquistadores»; supongamos asimismo, que esos animales escapados á los famélicos soldados de Mendoza que se comían hasta sus hermanos, salvaran también del diente de los 23.000 indios que sitiaban á Buenos Aires; aceptemos igualmente que esos animales, domésticos y mansos, enflaquecidos por el sitio y sin el instinto desconfiado del animal salvaje, escaparan de las garras de los innumerables tigres y pumas que poblaban el monte y el pajonal, y supongamos por último, que más tarde esas cinco yeguas, gordas y lozanas, dieran, después de once meses de gestación, cuatro crías (descontando un $\frac{1}{8}$ de pérdida), dos potrillos y dos potrancas, las que se amamantarán un año y que á los tres de edad reprodujeran á su vez ¹. Con este cálculo, tendríamos en 1540, siete yeguas que producirían seis crías de ambos sexos, que en 1543 serían diez madres que producirían ocho y así sucesivamente cada tres años.

A este cálculo de producción debemos restar cada veinte años las yeguas viejas é inútiles, y en 1555 se descuentan las cinco primeras madres, importadas en 1535; en 1558, las dos nacidas en 1537, y así sucesivamente.

Este sencillo cálculo llevado hasta 1581, época en que recién vieron los soldados de Garay los caballos salvajes, da el siguiente cuadro ²:

¹ Debe entenderse: uno de amamantamiento, uno de desenvolvimiento hasta concebir, y uno de gestación.

² No siendo estos breves apuntes una obra de Zootecnia se tendrá presente que la sencillez de los cuadros que figuran aquí, sólo tienen por objeto una demostración aproximada y no un cálculo exactísimo que, por otra parte, sería imposible efectuar, por las condiciones difíciles en que esos animales habrían quedado abandonados.

CARDOSO: ANTIGÜEDAD DEL CABALLO EN EL PLATA. 433

Año	Yeguas madres	Productos		Descuen- to 20 %	Total hembras	Descuen- to á los 20 años	Año que corresp.	Restan hembras
		Potranc.	Potrillos					
1537	5	2	2	1				
1540	7	3	3	1	10			
1543	10	4	4	2	14			
1546	14	6	6	2	20			
1549	20	8	8	4	28			
1552	28	12	11	5	40			
1555	40	16	16	8	56	5	1535	51
1558	51	21	20	10	72	2	1537	70
1561	70	28	28	14	98	3	1540	95
1564	95	38	38	19	133	4	1543	129
1567	129	52	52	25	181	6	1546	175
1570	175	70	70	35	245	8	1549	237
1573	237	95	95	47	332	12	1552	320
1576	320	128	129	64	448	16	1555	432
1579	432	178	178	86	605	21	1558	584
1582	584	234	234	116	818	23	1561	790
Total..	—	790	790	—	—	—	—	790

Este cuadro nos da un total de 790 yeguas y 790 potros = 1.580 animales de todas edades, descontándose por tener más de veinte años las madres y productos desde 1537 hasta 1561 inclusive. Los potros deben sumarse desde la raya de separación correspondiente á ese año que hay en ese paraje de la columna, resultando una cantidad igual á la de yeguas; cantidad que coincide con la resta final de las mismas, que es igual á 584 madres (existencia de 1579) más 234 potrancas de 1582, menos 23 nacidas en 1561.

Fácilmente se comprende que esta suma de 1.580 animales está muy lejos de cubrir la llanura con «montañas de caballos», y que, ni aun aceptando los 44 animales que indica el P. Rivadeneira abultarían gran cosa, pues suponiendo que veinte de ellos fueran yeguas, tendríamos cuatro veces aquella suma ó sea: $1.580 \times 4 = 6.320$.

Como pudiera creerse que esta exigua suma sea el resultado del intervalo de tres años entre las distintas generaciones, que parezca

excesivo, y del descuento del 20 % de pérdidas por animales inutilizados, potrillos malogrados ó muertos antes de producir, enfermedades, tigres, etc., voy á presentar un segundo cuadro en que los productos se obseñgan cada dos años y medio, no haya animales muertos, estériles ó inútiles, *ni se pierdu una sola cría en los cuarenta y cinco años.*

Además de esto voy á calcular mayor número de potrancas en el primer producto de las cinco yeguas, dividiendo las crías en tres potrancas y sólo dos potrillos; cantidades que iré alternando en los renglones siguientes cuando el producto sea impar.

Año	Yeguas madres	Producto		Total de hembras
		Potrancas	Potrillos	
1537	5	3	2	8
1540	8	4	4	12
1542	12	6	6	18
1545	18	9	9	27
1547	27	13	14	40
1550	40	20	20	60
1552	60	30	30	90
1555	90	45	45	135
1557	135	67	68	202
1560	202	101	101	303
1562	303	152	151	445
1565	455	227	228	682
1567	682	341	341	1023
1570	1023	511	512	1534
1572	1534	767	767	2301
1575	2301	1151	1150	3452
1577	3452	1726	1726	5178
1580	5178	2589	2589	7767
1582	7767	3684	3683	11651
Total.....	—	11646	11646	—

En este cuadro, á pesar de haber anotado los productos alternando entre dos y tres años para producir el término medio de dos y medio propuesto, sólo se obtiene 11.646 yeguas y 11.646 potros, ó sea un total de 23.292 animales ¹.

Esta suma está muy lejos de cubrir la costa del río de la Plata «desde el Fuerte de Gaboto hasta Cabo Blanco que son más de 80 leguas» y ni siquiera alcanza á la cifra de 80.000 cabezas en que calculó esa hacienda el Tesorero Montalvo en 1581.

¿En qué forma pudo hacerse ese cálculo?

Creo que sencillamente se ha tomado como punto de partida el año 1541, cuando fué despoblada Buenos Aires por Irala y calculando que las cinco yeguas dieron ese año cinco potrancas, se duplicaran estos 10 animales tres años después y así sucesivamente en la siguiente forma:

Año 1541	5 + 5 = 10
» 1544	10 + 10 = 20
» 1547	20 + 20 = 40

hasta llegar en 1580 con la suma de 81.920 cabezas.

Para obtener este hermoso resultado es necesario que estos animales sean inmortales, que ninguno sea estéril y que todas las crias sean hembras!

En presencia del resultado que dan estos cálculos, fácilmente se llega á la evidencia de que no es posible que unas cuantas yeguas y caballos que se supone fueron abandonados por Mendoza, (ni aún las 72 que desembarcó en Buenos Aires, según Schmidt), hayan podido poblar en cuarenta y cinco años un territorio de «más de ochenta leguas de frente á la costa, con fondo hasta la Cordillera», según dicen Rivadeneira y Ruy Díaz de Guzmán; debiendo agregar que ese límite es pequeño, pues Sarmiento de Gamboa y el R. Flechter los vieron en el estrecho de Magallanes, dos ó tres años antes que Garay los encontrara en Buenos Aires en 1581.

Por otra parte, ¿cómo admitir que *caballos domésticos* transportados á tierra extraña, dejados en el primer punto en que habita-

¹ El «Total de hembras» del cuadro, da 11.651 animales, mientras que el total de potrancas es de 11.646; la diferencia consiste en que á la primera están agregadas las cinco yeguas *importadas*, mientras que las segundas son productos solamente.

ron durante buen espacio de tiempo, paraje excelente en pastos y aguadas y limitado por ríos caudalosos, hayan abandonado su querencia á tal extremo que en cuarenta y cinco años *no fueron vistos* por sus dueños, quienes no tenían otro camino á España que el que ocupaban esos animales?

Estos hechos hacen que mantenga la opinión que antes he esbozado: se trata de caballos salvajes sumamente ariscos por la persecución de los indios y, sólo cuando éstos se alejaron de Buenos Aires molestados por el frecuente paso de los buques españoles, recién se aproximaron á la costa donde más tarde (1580) fueron atraídos por la presencia de caballos domésticos. Entonces *fueron vistos* por los hombres de Garay.

Más tarde el aumento de población civilizada y la caza más inteligente y segura de los conquistadores, arrojó estos animales lejos de las orillas del Plata, donde fueron luego perseguidos por el indio que ya lo utilizaba como cabalgadura; yendo así, de etapa en etapa, á refugiarse en los valles patagónicos donde han sido vistos sus últimos restos en estado salvaje por viajeros y exploradores como Moreno, Ameghino, Mercerat, etc., dando nombre á muchos parajes de aquellas apartadas regiones: *Fofó-Cahúel* (Caballo loco) en el río Chubut; Sierra de los Baguales, en la Gobernación de Santa Cruz; Cerro Bagual, al sur del Lago Argentino y Cordillera de los Baguales, algo más al occidente en las regiones del Monte Stockes.

No sería completa esta demostración, si olvidara la interesante página que el Dr. Francisco P. Moreno escribió en 1877 en su «Viaje á la Patagonia Austral»: testimonio respetable de un hombre de ciencia que merece tenerse en cuenta:

«A medio día llegamos á los toldos, que están situados á 50 kilómetros más ó menos, al N. del Río Santa Cruz. Los indios han elegido un valle hondo y abrigado, con buenos pastos y mejores manantiales, donde han encontrado cuarenta caballos salvajes, de los cuales han muerto seis. Estos animales, restos de las antiguas tropas de caballos que en siglos pasados, vagaban salvajes en las pampas de Buenos Aires, viven en estas regiones desde los tiempos que los indios recuerdan.

«El amor á la *querencia*, no es solo patrimonio de los animales domesticados; estos caballos que hace siglos nacen y mueren en estas regiones poco penetradas, nunca se alejan á gran distancia de ellas. Mis datos no me dicen que un caballo salvaje haya sido visto en las inmediaciones del Atlántico, al Sur de la Bahía Santa

Cruz, y por el contrario, se les encuentra siempre en las inmediaciones de la Cordillera, pero no esparcidos en grandes extensiones de tierra, sino en lugares determinados. Su principal paradero está situado al Sur del Lago Argentino, en las regiones que domina el Monte Stockes; allí los indios desde hace muchos años, van en verano á cazarlos, habiéndoles declarado una guerra de esterminio. Estas alturas tambien son otros oasis de la vida caballar; mas de una vez en el silencio de la noche, he sentido el lejano relincho de un potro salvaje. En las alturas de Bahía San Julian, hacia el Oeste de dicho punto, los indios me han mencionado otro paradero muy frecuentado por los baguales y algunos Tehuelches me han dicho que en las nacientes del Rio Chubut¹ hay tropas que pueden contar mas de mil animales. Generalmente son de colores unidos; predominan los oscuros, zainos y colorados; he visto un hermoso blanco y varios *moros*²; las pequeñas manchas que muchos de ellos presentan en su pelaje, son solo los resultados de las heridas adquiridas en los combates, frecuentes entre ellos, y de las lastimaduras producidas por las ramas en los bosques donde se resguardan en invierno.»

Esta importante cita de un testigo ocular y naturalista distinguido, se une á las opiniones valiosas de los paleontólogos señores Mercerat y C. Ameghino, partidarios decididos de la existencia del caballo precolombiano, y á la del malogrado Dr. Ameghino, que era un convencido entusiasta de que el caballo *criollo* es originario de América y descendiente del *Equus rectidens*.

Del conjunto de datos que hemos estudiado, surgen las siguientes observaciones, cuya importancia no escapará al lector:

1.º Que la desaparición de los dedos laterales (II y IV) en el *Onolippidion* é *Hippidion*, demuestra un adelanto en la evolución, superior á la del *Hipparion* y *Protohippus* del Viejo Mundo y Norte América.

2.º Que el acortamiento de los huesos estiloides de los primeros reproducido en el caballo criollo, su descendiente, es un compro-

¹ El *Mofó-cahúel*, que indica C. Ameghino.

² El color *moro*, es semejante al *rosillo* de que habla Mercerat.

El *blanco*, puede ser un caso de albinismo, pero de todos modos es notable la cita en lo que se refiere á *colores unidos*, oscuros en tinte uniforme.

bante de gran valor. pues no tiene similar en los demás continentes.

3.º Que los restos del *Equus rectidens*, antecesor del caballo criollo, aparecen en todos los pisos desde el plioceno hasta los aluviones modernos donde se mezclan con los del que se supone importado.

4.º Que la semejanza entre el caballo fósil (*Equus rectidens*) y el caballo criollo es tan evidente, que constituye una prueba indiscutible de su parentesco.

5.º Que el pelaje *castaño uniforme* observado en las grandes manadas de caballos salvajes de la Pampa, no ha podido producirse sino en una raza originaria muy antigua.

6.º Que los datos históricos y descubrimientos arqueológicos en nuestro país, son favorables á la comprobación de la existencia del caballo antecolombiano.

7.º Que los expedicionarios de Mendoza en 1536 se comieron los caballos y yeguas que traían, durante el sitio de Buenos Aires.

8.º Que los indios querandíes cazaban los caballos con «boleadores» fabricadas especialmente para ese animal.

9.º Que los cálculos numéricos presentados, son prueba inconfundible que destruye la tradición de los 7 caballos y 5 yeguas de Mendoza.

He llegado al término de mis observaciones, que consigno en estos breves apuntes con buen acopio de pruebas, y es indudable que éstas serían mucho más abundantes, si hubiera dedicado mayor tiempo á revisar muchos libros y documentos que han escapado á mis investigaciones ¹. Considero, sin embargo, suficiente la prueba producida para establecer una opinión definitiva.

He estudiado este asunto sin pasión ni intención preconcebida,

La premura con que he terminado este trabajo me ha impedido estudiar con mayor detención algunas citas importantes. Entre ellas se encuentra la que menciona el señor J. T. Medina en su interesante obra sobre el viaje de Sebastián Caboto, donde cita la lista de víveres canjeados á los naturales en la isla de Santa Catalina por el capitán Enrique Montiel, que dice: «Más, di por dos caballos armados, dos cuñas de hierro».

El fragmento del mapa de Caboto, ha sido tomado de dicha obra, que me fué facilitada por el señor Carlos Ameghino.

trayendo al debate todos los datos que he encontrado, fueran ó no favorables á mis ideas, pues entiendo que no es posible tratar asuntos históricos sin ceñirse á la más estricta verdad. He abordado todos los temas que he creído necesarios y llego al final de mi trabajo con mayores convicciones que al principio.

Mientras no se descubra una prueba concluyente de la completa extinción del caballo antecolombiano en nuestro país, seguiré sosteniendo la siguiente conclusión:

EL CABALLO CRIOLLO, ES ORIGINARIO Y NO IMPORTADO.

Buenos Aires, Enero de 1912.

ANCIENNETÉ DU CHEVAL AU RIO DE LA PLATA

PAR

ANÍBAL CARDOSO

RÉSUMÉ SUPPLÉMENTAIRE

La légende que les chevaux sauvages sudaméricains descendent de ceux que Don Pedro de Mendoza apporta d'Espagne en 1536, a pour origine un paragraphe du livre de Ruy Diaz de Guzman qui, en 1612 disait que, en dépeuplant Buénos Aires en 1541 les conquérants «*il paraît* laissèrent 5 juments et 7 chevaux qui se multiplièrent dans une telle proportion qu'en moins de 60 ans ils couvrirent la campagne depuis Cabo Blanco jusqu'au Fort de Gaboto, qui mesure plus de 80 lieues et qui vus de loin paraissaient de grandes forêts.»

Ce qui n'est pas vrai. Les soldats de Mendoza, assiégés par 23.000 indiens, mangèrent leurs chevaux, des rats, des vipères, de la chair humaine et jusqu'à la semelle de leurs chaussures. L'historien Schmidel, acteur et témoin, le déclare ainsi dans son «*Viaje al Rio de la Plata.*» (voir pl. 1)

Après cette époque, ni Schmidel ni les autres auteurs de ce temps-là ne parlent plus de chevaux dans leurs documents jusqu'à ce qu'en 1542 vint au Paraguay l'Adelantado Cabeza de Vaca, amenant 26 chevaux qui ne parvinrent jamais à Buénos Aires.

En 1580, Don Juan de Garay repeupla Buénos Aires et bien que *les indiens lui dirent* qu'il y avait des chevaux (CHOSE QU'IL IGNORAIT), *il ne les vit que l'année suivante* où il demanda au roi qu'ils lui fussent concédés pour les colons de Santa Fé et de Buénos Aires. Dès lors commence la légende que ces chevaux descendaient de ceux apportés par Mendoza, légende qui avait pour fin de ne point payer le cinquième au Roi et le dixième à l'Eglise, comme il eût été d'obligation si les chevaux fussent américains, au lieu d'être le produit de ceux apportés par les conquérants.

On n'a point encore trouvé de documents qui parlent de chevaux sauvages précolombiens, mais les témoignages de quelques conquérants, et entre autres de Schmidel et du poète Ercilla dans son «Araucana», prouvent parfaitement que les indiens de la Pampa connaissaient le cheval, car ils ne le craignaient point comme il arrivait aux indigènes de l'Amérique du Nord, et au contraire ils les chassaient avec les «bolas» fabriquées par eux mêmes dans ce but.

Dans leurs combats contre les espagnols, ils triomphèrent maintes fois grâce à leur dextérité dans le maniement de ce nœud volant; arme que des hommes sauvages n'auraient point employée contre des animaux inconnus.

La connexion de l'Amérique du Sud avec l'Afrique en un continent austral permit aux Notohippidiens de la Patagonie d'émigrer au continent noir où ils évoluèrent, et transformés en Hippidiens ils revinrent à leur point de départ pendant le miocène. La région chaude qu'ils traversèrent, très favorable à leur développement, fit que les Equidés sudaméricains progressèrent rapidement en perfection, en conservant en même temps les caractères archaïques de race que conservent encore aujourd'hui leurs descendants, caractères que ne présentent point les chevaux des autres continents.

Le *Hippidium*, antécesseur du cheval argentin, présente les doigts 2^e et 4^e excessivement atrophiés (os stiloïdes) arrivant à la moitié du métapode 3^e; dans ses descendants, *Equus rectidens* et cheval *créole*, ils sont plus courts encore (figs. 8 et 9). Monsieur le professeur Van de Pas qui a fait une étude spéciale de cette question, ¹ déclare qu'aucun cheval de l'Ancien Monde et de l'Amérique du Nord ne présente point d'atrophie aussi prononcée, et dans un travail récent il signale: la présence d'une ou de deux fossettes isolées à la partie postérieure des dernières molaires supérieures du cheval créole, caractère qui se voit dans celles de l'*Equus rectidens*, son antécesseur, mais qui n'existe point dans les autres chevaux connus. Ce détail va plus loin encore, car le *Hippidium* présente ce caractère dans les prémolaires et

¹ «Aktuelle Evolutions-Erscheinungen bei dem Südamerikanischen Pferde»—par Luis van de Pas—Berne—1912—in 8^o, 37 pages.

dernière molaire supérieure et les Notohippidiens du Crétacé de Patagonie, antécresseurs des Hippoïdés sudaméricains présentent le même caractère sur toutes les molaires supérieures. Cela démontre que c'est un caractère de race nettement américaine qui se reproduit dans son dernier descendant, le cheval créole; caractère qui a été décrit par Ameghino dans la «Morphologie philogénétique sur les molaires supérieures des ongulés» et ensuite étudié avec plus d'insistance par Carlos Ameghino qui a observé que la double fossette de la dernière molaire supérieure du *Ste-reohippus* et *Equus curvidens* du pliocène le plus inférieur de Tarija (Bolivie), se reproduit dans le cheval *créole*, et qui soutient avec Van de Pas que ce caractère ne se présente dans aucun cheval des autres parties du monde.

Si à ces détails ostéologiques, nous ajoutons la grande ressemblance entre les crânes de l'*Equus rectidens* et du cheval *créole* (fig. 6 et 7), nous arrivons facilement à établir la parenté des deux, et à en exclure les chevaux arabes et andalous, importés par les espagnols, dont les formes et les caractères sont très distincts.

On a dit que le cheval sudaméricain s'était éteint avant la conquête espagnole. Il n'en est rien; les restes fossiles de l'*Equus rectidens* occupent tous les étages sans exception depuis le pliocène jusqu'aux alluvions modernes où ils se trouvent mêlés avec ceux du cheval que l'on dit importé. Différentes trouvailles archéologiques où des restes de chevaux apparaissent mêlés avec les objets de l'industrie indigène et les os de *Pulaoelama*, *Glyptodon*, *Cervus*, etc., démontrent la réalité de l'existence du cheval précolombien, tandis que son extinction n'est qu'une hypothèse.

Entre ces découvertes archéologiques nous devons mentionner les pierres de «boleadoras» que les indiens employaient pour donner la chasse aux chevaux, et les figures de cet animal gravées sur les roches et les murs des cavernes en complètent la preuve ¹.

D'un autre côté, il n'est pas possible d'admettre que de seulement «5 juments et 7 chevaux» aient pu se peupler les 250.000 kilomètres carrés que calcule Ruy Diaz, en formant des troupeaux qui «paraissaient de grandes forêts».

¹ Le naturaliste géologue, Mr. E. de Carles, en découvrant le squelette de l'homme fossile de Rio Dulce (Santiago del Estero) recueillit un fémur de cheval dans le même horizon pléistocène où se trouvaient ces restes humains.

Au temps de Garay (1580) le trésorier Montalvo évaluait à 80.000 le nombre de ces animaux qui existaient aux alentours de Buénos Aires, mais justement en ce temps-là, on vit des chevaux sauvages au Détroit de Magellan, et cette donnée élargit tellement la surface du territoire occupée par ces animaux qu'il est hors de doute que tous les chevaux et juments apportés jusqu'à lors par les espagnols n'eurent point suffi pour le peupler avec toute leur prêle.

De ces considérations, je déduis que le cheval créole est indigène et descend de l'*Equus relictus*.

Avril 1912.
